

Suspense  Romántico

LO QUE
QUIERO *de ti*
LORRAINE COCÓ

© 2017, Lo que quiero de ti.

Serie Suspense romántico

© Lorraine Cocó

© Imágenes originales para la portada, Adobe Stock Photo

Diseño de portada: Lorraine Cocó

Corrección: Violeta Triviño

violetamtcorreccion@gmail.com

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción,
distribución,
comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá
realizarse con

la autorización expresa de los titulares del copyright.

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[Próximas publicaciones - diciembre, 2017](#)

[SOBRE LORRAINE COCÓ](#)

CAPÍTULO 1

Emma tomó su agenda de encima del escritorio y repasó la lista de tareas apuntadas para aquel día y, junto a estas, las marcas anotadas en el margen izquierdo de cada una, que la daba por realizada. Sonrió tan satisfecha como cansada. Había sido una semana agotadora; el trabajo aumentaba día a día. La popularidad y buen nombre de la agencia de detectives Ackerman & Heyes subía a tanta velocidad como su torre de carpetas de casos pendientes. Torció el gesto al ver que esta se inclinaba hacia un lado con la clara intención de precipitarse contra el suelo. La colocó completamente derecha, con esmero, hasta que estuvo milimétricamente perfecta. Después volvió a tomar su agenda y en la página concerniente al día siguiente apuntó: «comprar un nuevo archivador para el despacho». Cerró la agenda y resopló, sintiendo que hasta el aire resultaba más pesado.

Ella era la primera en entrar por la puerta de la agencia y la última en marcharse cada día. Como secretaria de Ali, su mejor amiga, y Cameron, su marido, debía estar al tanto de cada detalle. No había duda de que eran los mejores investigadores de la ciudad, pero cuando se trataba de papeleo,

archivo, llevar al día las facturas, los pagos, atención a los clientes y demás, eran un auténtico desastre. Menos mal que la tenían a ella para que la agencia funcionase como la sublime maquinaria de un reloj suizo. Ella mantenía la cordura en el caos que los inundaba a ambos cuando se volcaban en un nuevo, trepidante y, en ocasiones, peligroso caso. La pareja era adicta a la adrenalina, y no viendo más allá de sus labores para ayudar a sus clientes, no sabía que habría sido de ambos de no haberla tenido a ella.

El problema era que, por muy eficiente que fuese, el número de horas que había llegado a invertir diariamente en organizar dicho caos había superado con creces al que utilizaba siquiera en dormir y el cansancio empezaba a hacer mella en ella. Finalmente, y muy a su pesar, iba a tener que hacer caso a la pareja y entrevistar a alguien que la ayudase en la agencia. Aunque le costase horrores imaginar a otra persona metiendo mano en sus archivos y cajones pulcramente ordenados. Solo de pensarlo sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Se frotó los brazos desnudos al sentir la piel de gallina y sacudió la cabeza deseando volver a pensar en aquel tema, al menos hasta el día siguiente.

Decidida a irse por primera vez en los últimos meses, antes de la puesta de sol, tomó su segunda agenda, su revista de sudokus y el bolso del perchero, ya junto a la puerta. Mientras sacaba las llaves del pequeño compartimento interior de su bolso, su móvil sonó. Le sorprendió ver que la

llamaba su padre y contestó rápidamente.

—¡Hola, papá! ¡Qué sorpresa! ¿Va todo bien? —No pudo evitar que su tono sonase un poco inquieto.

Era una costumbre adquirida desde hacía dos años, cuando su familia pasó por el momento más duro de sus vidas al quedar su hermana pequeña en coma tras ser drogada en una fiesta. Aquellas semanas fueron una auténtica pesadilla y, aunque había terminado felizmente para todos, se quedó acongojada, en estado perpetuo de alerta con respecto a la seguridad de los suyos.

—Hija, siento molestarte. Imagino que seguirás en la oficina, pero necesito que me ayudes.

—Claro, ya estaba saliendo. ¿Qué necesitas?

Su padre resopló con fuerza contra el auricular, lo que aumentó su nivel de ansiedad.

—Soy un viejo tonto. Sé que la desquicio día a día, la jubilación no está siendo fácil para ninguno de los dos. No sé cómo tu madre sigue aún conmigo...

—¡Papá, no digas eso! Estás estupendo. Anda, dime, ¿en qué puedo ayudarte? Seguro que no es tan grave.

Emma cerró la puerta de la oficina con el teléfono ubicado en el hueco

de su cuello, en una posición sumamente incómoda.

—He olvidado recoger la alianza de tu madre —soltó su padre sin más, y a ella se le cayeron el bolso, la agenda y la revista de sudokus. El teléfono estuvo a punto de arrojarse con ellos, pero lo agarró en el aire.

—¡Papá! ¿Cómo has podido olvidar el anillo? ¡Fue el único encargo que te hice! —Inmediatamente Emma se sintió culpable por recriminarle, aunque efectivamente estaba frustrada.

Su padre le había pedido hacía tres semanas que lo ayudase a dar una sorpresa a su madre por su aniversario. Quería que renovasen sus votos tras treinta y cinco años de feliz matrimonio. Y aunque aceptar, con tan corto plazo de tiempo, había sido una auténtica locura a sumar a su ya apretada agenda, lo había hecho. Por su padre, su madre y el resto de la familia que se merecía una inolvidable celebración. En cuanto tomó el mando de la organización había sacado una de sus agendas especiales, tres libretas y una colección de marcadores, y se había puesto en marcha, planificando hasta el más nimio detalle. Solo le había pedido a su padre una cosa; que recogiese la preciosa alianza con incrustaciones de diamantes que habían encargado para su madre. No sabía qué había impedido que su padre hiciese su parte, pero apretó los dientes antes de soltar toda clase de improperios. No quería aguar el ambiente familiar a pocos días de la celebración.

—Está bien, papá. Yo me acercaré a la joyería. Me pilla de regreso a casa. —Eso era casi cierto, solo tenía que desviarse un par de calles en su recorrido habitual.

—Gracias, pequeña Em. Sabía que tú lo solucionarías. Eres la mejor. —El halago de su padre, lejos de agradarla dibujó una mueca en sus labios.

—De nada, papá —se despidió ella sin borrar el gesto torcido de su boca.

No sabía de qué se sorprendía, siempre había sido un poco la *solucionaproblemas* de la familia. Todos los miembros de la misma sabían que siempre estaba allí cuando se la necesitaba y hasta hacía poco ese papel la satisfacía. Pero de un tiempo a esa parte, las cosas estaban cambiando. Se sentía cansada e incluso apagada. Comenzaba a pensar que algo fallaba en su vida. En ocasiones, se descubría a sí misma llorando al terminar una de las novelas que leía, o los relatos que escribía, como si anhelase algo de las vidas de los protagonistas, y la suya ya no fuese suficiente.

No podía ponerse sentimental en ese momento. No merecía la pena, le gritó la parte más pragmática de su cerebro. Debía solucionar el tema del anillo, después iría a comprar algunas cosas para la cena y comida para Murphy, su pez. Y cuando terminase de cenar y recoger, se acostaría a leer un ratito antes de dormir, como cada noche. Aunque las últimas despertaba sobre

el libro, prácticamente en la misma página en la que había comenzado su lectura nocturna.

Presionó el bolso contra su costado, apretando el paso, no quería que el señor Perlman, el joyero del barrio, cerrase antes de que ella pudiese llegar a su establecimiento. Durante el trayecto de cuatro calles que separaban la agencia de la joyería, saludó a media docena de vecinos que la conocían bien por ser clientes de la agencia. Evitó tener que detenerse a charlar un par de veces, pero cuando llegó al escaparate de la joyería volvió a torcer el gesto al advertir que la reja metálica ya cubría el gran cristal. Recuperó el aliento al comprobar que el de la puerta permanecía aún sin el candado, que estaba en el suelo, como si el joyero se hubiese quedado a medias. Se agachó y lo tomó del suelo. Era un cierre pesado y bastante grande, le sorprendía que sus ancianas manos pudiesen manipularlo cada día para las operaciones de apertura y cierre. Miró tras el cristal y vio la luz de la trastienda encendida, a través de la cortina que separaba la zona de mostrador de la misma. Dispuesta a cumplir con su misión de conseguir el anillo a tiempo para la renovación de los votos matrimoniales de sus padres, decidió entrar en el establecimiento y convencer al joyero para que hiciese una excepción y la atendiese.

—¡Señor Perlman! —lo llamó introduciendo tan solo la cabeza, pero no recibió respuesta.

Si estaba al fondo del local, no podría oírla.

—Simon, soy Emma. Emma Paxton... —añadió entrando.

Las luces en aquella parte estaban apagadas y le resultó un tanto siniestro a la par que grosero adentrarse sin permiso, pero inmediatamente la idea de que su madre se volviese a casar sin alianza, la empujó a dar algunos pasos más.

Estaba a punto de volver a llamar al dueño de la joyería cuando un gemido, varias voces y algunos golpes, la detuvieron en seco en el sitio. El corazón se le desbocó y se pegó a la pared ocultándose entre la cortina y el hueco de una de las vitrinas en la que el señor Perlman exponía la colección de relojes. Abrió unos centímetros la cortina por el lado de la pared y entonces vio a cuatro hombres. Uno de ellos mantenía sujeto al anciano, sentado en una silla, mientras otro lo golpeaba. Dos hombres más le hacían preguntas, insensibles a las heridas de su rostro, de las que manaba una abundante cantidad de sangre.

Emma se agarró el pecho con fuerza intentando recobrar el aliento, al ser consciente de que acababa de entrometerse en un atraco. Los hombres del interior gritaban al anciano mientras este farfullaba palabras ininteligibles y gemía mientras le sacudían.

Nunca se había considerado una mujer valiente. Jamás se había enfrentado a una situación así, muy al contrario que su mejor amiga, Alanah,

que habría sabido qué hacer inmediatamente. Pero ella no podía enfrentarse a los hombres de dentro. No sabía pelear. Si la descubrían muy probablemente terminaría muerta, al igual que el anciano. Tenía que llamar a la policía, decidió.

Buscó en su bolso el móvil, con manos temblorosas. Siempre lo dejaba en el mismo compartimento del bolso, pero los nervios le estaban jugando una mala pasada y no lo encontraba. Con las prisas, todo cuanto portaba en las manos, incluido el gran cierre metálico de la puerta, cayó de sus manos estrepitosamente contra el suelo. Solo le dio tiempo a taparse la boca, impidiendo que un grito agudo escapase de sus labios, antes de que la cortina se abriese por completo, de un tirón. Y un hombre enorme de mirada furibunda fuese a por ella.

CAPÍTULO 2

—Frank, ¿qué tenemos aquí?

Otro hombre apareció tras el que la había apresado. Si bien el que dio con ella, con su gran tamaño y gesto adusto, la había amedrantado, el que apareció tras este la hizo paralizar por completo. No era tan corpulento como el que la tenía sujeta, pero en su mirada se advertía un atisbo de sadismo que le heló la sangre. Se fijó en que llevaba los nudillos ensangrentados, lo que lo convertía en el animal que pegaba al anciano sin reparos.

—La he encontrado entrando en la tienda. No ha visto nada. —El imprevisto apunte hizo que se girase a mirar a su captor.

—Eso no lo sabemos. Tendremos que ocuparnos también de ella. No pienso dejar cabos sueltos. Además... —Acarició su mejilla con el dorso de su áspera mano, manchándola con la sangre del señor Perlman— me encantan las pelirrojas. Siempre me han parecido muy... divertidas.

El contacto de la mano de aquel tipo le produjo una aversión instantáneamente. Por la forma de mirarla de arriba abajo, como si fuese comestible, tuvo muy clara la forma en la que quería divertirse con ella y un

nudo agónico se instaló en su garganta. Apartó el rostro cuando vio las intenciones del tipo de volver a tocarla y él rio con placer.

—Métela. Estoy impaciente por ver qué sabe hacer la fierecilla.

Emma sintió que el hombre que la sujetaba con fuerza se tensaba a su espalda, al tiempo que exhalaba aire profusamente contra su cabello. Trabajar con Alanah y Cameron había hecho que se volviese mucho más perceptiva. Ahora se fijaba en detalles que antes le pasaban desapercibidos. Y la reacción de su captor le parecía desconcertante. Era como si no estuviese tan dispuesto a participar de todo aquello, pero allí estaba, y sin duda formaba parte del atraco. Seguramente el shock de la situación le hacía imaginar cosas.

El tipo repugnante les dio la espalda y atravesando la cortina se encaminó a la trastienda. El hombre que la sujetaba la empujó ligeramente, pero con firmeza. De repente sintió que la apretaba contra su cuerpo y su aliento en el oído.

—No digas nada. No te hagas la valiente y todo acabará rápidamente.

¿Qué quería decir con que todo acabaría rápidamente? ¿Si no protestaba, si dejaba que aquel tipo jugase con ella, la matarían con rapidez, de forma indolora? No encontraba ningún tipo de consuelo en aquellas palabras, más si antes la hacían pasar por un infierno.

Cuando entró en la trastienda, la escena era aún más grotesca de lo que

había podido apreciar por la pequeña abertura de la cortina. Simon Perlman estaba atado con alambre espinoso a la vieja silla de madera, con ruedas, que habitualmente usaba para reparar los relojes y joyas. Por lo que no solo sangraba copiosamente por el rostro, sino también por los antebrazos, que presentaban profundas heridas. Los gemidos agónicos del hombre le encogieron el corazón. El anciano, dueño toda la vida de la joyería del barrio, siempre le había parecido un hombre afable y servicial. Y si se ensañaban de aquella forma brutal con un hombre de tanta edad, qué no estarían dispuestos a hacer con ella.

Inconscientemente dio un paso atrás, chocando con el hombre que la tenía apresada al ver las miradas lascivas que los otros dos hombres que componían el cuarteto le brindaron cuando la vieron entrar. Su captor la sujetó con más fuerza, clavando sus largos y fuertes dedos en la piel pálida de sus brazos.

—Siéntala allí y ácala —ordenó a su captor el que pensaba divertirse con ella, señalando un avejentado sillón de cuero a poca distancia.

Emma cayó en el sillón sin poder evitar que la falda de su vestido, por encima de la rodilla, subiese por sus muslos hasta mostrarlos casi por completo. Detalle que no pasó inadvertido para el resto de hombres que la miraron con avidez. Tragó una saliva inexistente, intentando colocarse mejor en el sillón mientras escuchaba las risas asquerosas de los tipos, al parecer

muy divertidos.

«Si salgo de esta, Señor, prometo hacer caso a Alanah, dar clases de defensa personal y aprender a disparar», se dijo mentalmente, sintiendo que el corazón, desbocado, estaba a punto de salirse del pecho.

Vio que su captor alargaba la mano hacia la mesa en la que se encontraba el rollo de alambre espinoso con el que habían inmovilizado al anciano y contuvo el aliento, pero este tomó dos grandes bridas con las que ató sus muñecas y tobillos. Imaginó que no querían dañar aún el juguete con el que planeaban pasárselo bien.

—Vamos, viejo, dinos dónde los escondes —increparon al joyero, pero este no respondió.

El sonido de otro golpe y el gemido instantáneo del señor Perlman hicieron que volviese a mirar al anciano, que parecía haber desfallecido.

—Maldita sea, Doble D, te dije que no le dieras tan fuerte. Muerto no nos sirve de nada —le dijo otro de los hombres.

—Solo se ha desmayado. Trae agua para tirarle por encima, enseguida estará listo para otra sesión. El viejo es duro, pero conseguiré que diga dónde los tiene aunque tenga que desollarlo vivo.

Emma sintió que las náuseas volvían a apoderarse de ella. No sabía por qué, pero algo en el tono de aquel despreciable hombre le decía que no

exageraba un ápice.

—Llevamos aquí demasiado tiempo. Tenemos que marcharnos ya. Está claro que no sabe nada. Puede que diga la verdad...

—¡Cállate, Frank! ¿Eres tú el que está al mando? La jefa nos ha mandado a hacer un trabajo. ¿Quieres ser tú el que le diga que hemos fallado?

El tal Frank tragó saliva mientras negaba con la cabeza.

—No voy a marcharme sin ellos —repitió Doble D.

—¿No crees que si supiese algo ya nos los habría dado? Míralo, está a punto de palmarla.

El tipo miró al anciano mientras se pasaba la mano por la mandíbula, como si sopesase las palabras de su compañero, y de repente un brillo endemoniado se paseó por sus ojos.

—Está protegiendo a alguien. ¡El puto viejo no dice nada porque está protegiendo a alguien! —gritó mirando a un lado y a otro con avidez. Volvió al anciano, lo tomó por el cuello de la camisa con fuerza y lo abofeteó hasta que abrió los ojos con pesadez.

—Te mataré a ti y a quien estés protegiendo si no dices ahora mismo dónde están los diamantes. ¿Me has oído, maldito viejo? Solo os perdonaré la vida si me dices ahora mismo dónde están —dijo apretando los dientes y escupiendo las palabras a tan solo unos centímetros del rostro del anciano.

Emma contuvo el aliento esperando las palabras del joyero, que estaba ya en las últimas. Se hizo un silencio sepulcral mientras el anciano abría los labios, cuarteados y cubiertos parcialmente de sangre. Intentaba pronunciar algunas palabras que no llegaban a formular sonidos, y Doble D resopló, perdiendo la poca paciencia que le quedaba, con el rostro colérico.

Emma se dejó caer contra el respaldo y cerró los ojos, sabiendo que era el final del anciano y en breve comenzaría su tortura. Comenzó a contar mentalmente, muy despacio, al ritmo de su corazón que temía que se detuviese en cualquier momento, cuando una marabunta de hombres armados entró en la trastienda, y con ellos, los tiros y el caos.

CAPÍTULO 3

Emma sintió que la cogían del brazo y la tiraban al suelo. Entreabrió ligeramente los ojos y vio que se trataba de Frank, el tipo que la había capturado. Se encogió en el suelo en posición fetal cubriéndose la cabeza cuanto pudo, con las muñecas aún atadas, mientras las balas volaban sobre sus cabezas. Uno de los proyectiles impactó sobre el jarrón de cristal que estaba en la mesa contigua haciéndolo pedazos, que cayeron sobre sus brazos. Solo oía gritos, disparos, muebles caer y el latido frenético de su corazón, como un zumbido que martilleaba sus tímpanos.

Y de repente, se hizo el silencio. Un silencio espeso y opresivo. Ella, petrificada en el suelo, con cada músculo agarrotado por el terror, no se atrevió a moverse. Había oído cuerpos caer, yertos. ¿Había sido ella uno de ellos? ¿Estaba herida?

—Señorita, ¿se encuentra bien? —le preguntó una voz masculina inclinándose sobre ella.

Apenas giró el rostro unos centímetros para encontrarse con los de un hombre que llevaba colgada al cuello la placa de policía. Este posó una mano sobre su hombro, e inmediatamente, como acto reflejo, se apartó de él evitando el contacto.

—Tranquila, soy el sargento Owen, de la Unidad de Inteligencia. Está a salvo —le dijo intentando infundirle calma.

La ayudó a incorporarse lo suficiente para quedar sentada en el suelo. Mientras él cortaba las bridas de sus muñecas y tobillos, Emma miró a un lado y a otro, comprobando con estupor que el señor Perlman yacía muerto en la silla, con varios disparos en el pecho. Su cabeza caía hacia atrás en un ángulo imposible, con la boca abierta. El tipo que la había apresado también estaba muerto, junto a ella, a escasos centímetros. Quiso apartarse de él y comenzó a moverse frenéticamente para hacerlo.

—Tranquila, está muerto. Ya no puede hacerle daño —repitió el policía terminando de levantarla del suelo—. Todos ellos lo están— añadió.

—Aquí tenemos al bueno de Frank —indicó otro agente llegando hasta ellos y señalando al hombre en el suelo—, parece que el jefe de la banda se olía nuestro trato. En cuanto entramos se lo cargó, al igual que al joyero.

—Así es. Una pena, Frank Galow era nuestra mejor baza para conseguir información de la banda de traficantes —añadió el sargento sacudiendo la cabeza con pesar.

—Ese no era el jefe de la banda —apuntó Emma dejando atónitos a los hombres y a sí misma.

Ambos la miraron con el ceño fruncido.

—Lo siento, en realidad no sé nada...

—Hable, cualquier información es importante y podría ayudarnos con el caso.

—Pero no sé mucho, apenas llevaba unos minutos aquí... Solo oí decir a ese tipo —dijo señalando al que había pretendido «jugar» con ella—, que tenían una jefa. Venían a por unos diamantes que pensaban que poseía el señor Perlman, pero él no dijo dónde estaban —aclaró.

—¿Hablaron en plural, refiriéndose a varios diamantes?

Emma asintió.

—Esos cerdos pensaban que Perlman protegía a alguien y por eso no decía lo que sabía.

Los hombres se miraron entre sí, como si la información les sorprendiese.

—¿Dieron algún nombre? —le preguntó el sargento.

Emma sacudió la cabeza, negando.

—Simon farfullaba algunas palabras que no llegué a comprender, y no recuerdo qué les oí decir antes de que me encontraran tras la cortina. —Se frotó las sienes, confusa.

—Señorita... —dijo el último policía en llegar.

—Paxton. Emma Paxton —se presentó.

—Señorita Paxton, ¿qué hacía usted aquí? —le preguntó inclinando la cabeza, escrutando su rostro mientras esperaba una respuesta. Pero cuando estaba a punto de explicarlo, el sargento se lo impidió.

—No, aquí no. Hay mucha gente —señaló mirando a un lado y a otro, dirigiéndose a su compañero. Multitud de agentes iban de un lado para otro, moviéndose por el escenario del crimen—. Este caso es nuestro. La testigo solo debe tener contacto con los miembros de la unidad. No me fío de nadie más— alegó tomándola del codo para guiarla hacia la salida.

—¿La... la testigo? —preguntó consciente de que se la llevaban, sin saber a dónde. Una vez más se sintió perdida.

—Eso es, señorita Paxton. La única testigo que ha estado en contacto con la banda de traficantes y que puede darnos datos de relevancia.

—Pero ya le he dicho todo lo que sé... —protestó ella viendo que, tras la puerta, la introducían en un vehículo grande y negro.

—Todo lo que cree que sabe —apuntó—. Acaba de pasar por una experiencia traumática. Lo que cree saber y lo que sabe en realidad son cosas muy distintas. Créame, lo sé por experiencia. No es el primer testigo que, al cabo de unos días, con los nervios más templados, recuerda detalles relevantes. Mientras tanto, no se preocupe, nosotros cuidaremos de usted. No

volverá a estar en peligro.

Emma se quedó parpadeando frenéticamente cuando la puerta del asiento trasero, en el que la habían acomodado se cerró sin esperar de ella una respuesta. No podía creer lo que le había pasado esa noche. Hacía apenas una hora su único plan era dar de comer a su Murphy, cenar algo ligero y meterse en la cama con un libro, y ahora... Ahora no sabía qué iba a ser de ella. Necesitaba hablar con Alanah, con su familia... Tal vez con un abogado.

Se frotó los brazos en un intento inútil por reconfortarse. Estaba helada a pesar de que las temperaturas nocturnas de aquellos primeros días de septiembre aún eran elevadas. Miró por la ventanilla y vio el revuelo del exterior; los policías, las luces de los coches patrulla, otros vehículos, un furgón y multitud de gente concentrada alrededor del perímetro establecido por los agentes. El barrio, siempre tranquilo, era el escenario de un thriller de terror. Se frotó las piernas tras bajarse la falda del vestido cuanto pudo, recordando cómo la habían mirado aquellos hombres y lo que habían querido hacer con ella. Después se aferró las manos intentando contener el temblor creciente de las mismas.

Había estado a punto de morir, había visto asesinar a un anciano al que conocía o creía conocer desde niña, y estaba custodiada por la Unidad de Inteligencia sin saber qué querían de ella. Solo deseaba cerrar los ojos, volver a abrirlos y despertar de aquella horrible pesadilla.

CAPÍTULO 4

Seis horas más tarde la pesadilla no había hecho más que empeorar, pues habían transcurrido en la sala de interrogatorios de la Unidad de Inteligencia, siendo interrogada una y otra vez. Le formularon las mismas preguntas de cientos de formas distintas, como si fueran a recibir una respuesta diferente. Se había cansado de decir que lo que había contado ya era lo único que sabía, pero sus palabras parecían surtir el efecto contrario en los detectives, que se empeñaban en continuar preguntándole las mismas cosas. Solicitó hacer una llamada, pero su petición aún no había sido satisfecha.

Estaba exhausta, sin embargo, la tensión que le producía el recuerdo de lo vivido en la joyería la tenía más tensa que la cuerda de una guitarra. Dudaba que volviese a dormir en una buena temporada. Tampoco sabía si quería hacerlo. Estaba segura de que, al caer en brazos de Morfeo, el rostro inerte del señor Perlman invadiría su mente llenándolo todo.

—Señorita Paxton, esto está a punto de acabar —dijo el sargento Owen entrando de nuevo en la sala. No la miró, parecía concentrado en revisar el contenido de una carpeta de cartón marrón.

—Creo haber oído esa frase, en las últimas horas, al menos media

docena de veces. Y de veras, sargento, por mucho que quiera ayudarles no puedo hacer más y quiero irme a mi casa ya.

Blake Owen levantó la vista tras sentarse ante ella en la mesa, clavándole su inquisitiva mirada.

—Me temo que eso es imposible —dijo con gesto pétreo.

Emma abrió la boca, atónita.

—¿Qué quiere decir? Necesito... necesito ducharme, quitarme esta ropa, dar de comer a mi pez, poner en orden la agenda... —relató cada vez con más rapidez mientras el tono de su voz adquiría los tonos más agudos de la escala.

Se tapó el rostro con las manos dándose cuenta de que debía parecer desquiciada. Gimió, mirando su vestido amarillo cubierto de manchas. No eran estas la que la hacían sentir sucia sino las miradas de los tipos, que sentía aún clavadas en sus curvas. Nunca se había sentido tan expuesta como en aquel momento. Se apoyó en la mesa, aunque había evitado hacerlo en todas aquellas horas. No sabía con qué frecuencia limpiaban por allí, ni la clase de gente que encerraban en esa sala.

—Señorita Paxton... Emma. —La llamó por su nombre y posó una mano sobre la suya, al ver que ella no levantaba el rostro.

Ante el contacto áspero del hombre, solo pudo apartar la mano con

rapidez. No quería que la tocaran en una buena temporada. Y el sargento resopló con impotencia.

—Lo siento mucho —hizo un nuevo intento suavizando el tono—, pero me temo que no va a poder volver a su casa. Como le hemos dicho, es usted la única testigo que ha estado en contacto con miembros de la banda. Y por lo que sabemos de su *modus operandi*, fuera de la joyería podía haber más hombres vigilando el establecimiento y, por lo tanto, que la vieran entrar en él. Hasta que lo solucionemos todo, debe permanecer bajo custodia policial.

Emma le brindó una mirada entornada.

—¿Entiende lo que le estoy diciendo? Usted supone una amenaza para la banda y podrían intentar matarla. Si permanece bajo nuestra protección, podremos pillar a esos tipos cuando lo intenten.

Las palabras del sargento dieron vueltas por su cabeza unos segundos antes de que Emma se pronunciase.

—¿Pretenden usarme como cebo? ¿Cuánto tiempo llevan investigándolos? ¿Trafican con diamantes? ¿Los han encontrado en la joyería? ¿Quiere que deje mi vida y a los míos...?

El detective elevó la palma plantándola ante su rostro para detener su retahíla de preguntas.

—No vamos a usarla como cebo, sino a protegerla. Llevamos

investigando a esta banda desde hace seis meses. Ya que está metida de lleno en el caso, es justo compartir con usted que los asaltantes estaban buscando diamantes de sangre. Se dedican a su tráfico y son gente muy peligrosa. Y no, no pretendo que deje su vida, no para siempre, al menos. Solo quiero que viva lo suficiente para tener la oportunidad de volver a ella. Esos tipos son profesionales, no tardarán en saber su nombre, su dirección y hasta su talla de sujetador. Si no los atrapamos, lo que ahora es una custodia preventiva podría convertirse en protección de testigos indefinida. ¿Entiende lo que le quiero decir?

Emma asintió con un nudo espinoso raspándole la garganta que impidió que dijese una sola palabra más.

—Lo siento —se disculpó una de las detectives de la unidad cuando tras introducirla en la parte trasera de otro de sus vehículos, le puso una funda en la cabeza, encapuchándola, y empujándola con suavidad la tumbó en el asiento.

—¿Qué hace? ¿Qué demonios están haciendo? —gritó ella, revolviéndose.

—Por su bien, es mejor permanecer oculta. Tampoco debe conocer cómo llegar a su destino.

Emma, respirando profusamente, se quedó quieta en el asiento. Entendía lo que le decían, tenía sentido, sin embargo, el sentimiento de impotencia y de haberse convertido en una pelota que se lanzaban unos a otros, sin voluntad, sin poder tomar las riendas y detenerse, la hacía sentir fuera de sí. Intentó calmarse, poner en práctica su ritual de respiraciones y meditación diario, pero le fue imposible. Solo tenía ganas de gritar y llorar. No le habían dejado hacer una llamada, su familia no sabía en la situación en la que se encontraba. Imaginó el miedo de sus padres y hermanos, y la furia de Alanah. Se le encogió el estómago.

No pudo hacer nada más, un par de minutos después oyó abrirse las puertas. Alguien se sentó a su lado y otros dos ocuparon los asientos delanteros. Entonces el vehículo se puso en marcha con rumbo desconocido. El vaivén y el sonido monótono del motor casi hicieron que se durmiese largo rato después, pero cuando estaba a punto de dejarse llevar por el agotamiento, el coche se detuvo tras entrar en una carretera de asfalto irregular.

—¿Es aquí? —preguntó casi sin aliento, como si hubiese hecho el trayecto corriendo.

—Sí, esta es la primera parada de su viaje —le dijo la agente, a quien reconoció por la voz como la que la había encapuchado.

La ayudó a incorporarse y le quitó la capucha.

Emma parpadeó varias veces y entornó la mirada al verse en algún punto de la zona de los muelles. La luz era escasa y el lugar siniestro. Al bajar del coche, lo primero que hizo fue meter el pie en un charco apestoso. Maldijo entre dientes. Se frotó los brazos cuando el frío recorrió su cuerpo y la piel se le puso de gallina.

El sargento Owen la tomó del codo y la guió hasta una furgoneta oscura, cuando la puerta deslizante de esta se abrió, se quedó sin palabras. De ella salió un tipo enorme, con el cabello negro, rizado y más largo de lo que lo que debería llevar un hombre, al menos para su gusto. Vestía vaqueros desgastados, botas grises y una desvencijada sudadera con capucha, de color similar. No pudo verle bien el rostro hasta que acortaron la distancia, y entonces dio un paso atrás, de forma instintiva. El aspecto del tipo era amenazador, hosco. Tenía las cejas espesas y la barba cerrada en torno a una mandíbula cuadrada, y en ambos casos tan negras como su cabello. Y los ojos... nunca había visto unos iguales a los que en ese momento la recorrían de arriba abajo con gesto indolente. Eran sombríos, pero un brillo dorado se paseaba por ellos haciéndolos magnéticos, al tiempo que amenazadores.

El sargento posó una mano en su espalda instándola a continuar, y salió del embrujo de la mirada inquisitiva que la había petrificado.

—Shadow... — saludó el sargento al hombre con un escueto movimiento de cabeza, que fue correspondido de igual manera.

—Señorita Paxton, este es Shadow. A partir de ahora él se ocupará de su protección.

—No creo que sea buena idea... —repuso dándose la vuelta para volver al coche—. Cameron y Alanah podrían protegerme. Él antes era agente federal...

—Lo sabemos —le dijo el sargento poniéndose ante ella para impedirle el paso. La tomó por los hombros para obligarla a mirarlo—, sabemos quién es. En estas horas la hemos investigado y creo que habrá pocas cosas de su vida que se nos hayan pasado. Lo mismo estará haciendo la banda de traficantes. Intentarán dar con usted y para eso la buscarán en su entorno. ¿Quiere poner a los suyos en peligro?

La pregunta del policía la dejó petrificada. Aquella había sido su mayor pesadilla en los últimos años. No podía dejar que su familia y amigos corriesen la misma o peor suerte que ella. Tomó aire imaginando que con él se cargaba de valor y giró sobre sus talones para mirar de soslayo al que iba a convertirse en su protector.

—Le prometo que la mantendremos a usted y a los suyos a salvo. Es nuestro trabajo, Emma. Tiene que confiar en nosotros.

Solo fue capaz de asentir. No porque la hubiese convencido al completo, sino porque no le quedaba otra opción. Tragó saliva como el

condenado al enfrentarse a la silla eléctrica y caminó hacia la furgoneta. Pasó junto al tipo grande y amenazador que le habían presentado como Shadow. Este no se inmutó ni hizo ademán de presentarse, cosa que agradeció porque en ese momento estaba segura de que no conseguiría que saliese ni un solo sonido de su boca, que no pareciese un quejido patético.

Con la cabeza gacha entró en la furgoneta, y entonces el mundo se le cayó a los pies.

CAPÍTULO 5

Shadow se rascó la barba y bostezó cual león de la Metro, antes de sacudir la cabeza para despejarse. Llevaba cuatro horas conduciendo y las primeras luces del alba ya anunciaban el comienzo de un nuevo día, que estaba seguro de que sería eterno. Por vigésima ocasión en las últimas horas, se preguntó por qué había dejado que lo embaucaran para una nueva misión. Hacía un año que no trabajaba como agente y no se había arrepentido ni un solo minuto desde entonces. Si la petición hubiese venido de cualquier otro, se habría negado sin contemplaciones, pero se lo había pedido Owen. Y al hombre al que le debes la vida, no puedes negarle un último favor.

Aun así, si su excompañero le hubiese dicho que para ayudarlo tenía que proteger a la señorita estirada, se lo habría pensado mejor. Hizo una mueca al recordar la expresión de la pelirroja al entrar en su furgoneta y ver dónde tendría que instalarse durante las siguientes semanas. Perdió tanto el color que temió que se desmayaría en ese instante. Por suerte no lo había hecho, y como no la vio muy dispuesta a hablar, tampoco había tenido que hacerlo él. Solo le indicó con un par de gestos dónde estaba todo. Tarea sencilla teniendo en cuenta que en el mismo espacio se encontraban la cama, la diminuta cocina, el baño y la mesa del desayuno. No tardó ni dos minutos. Después fue directamente al asiento del conductor para ponerse en marcha,

tras cerrar la espesa cortina negra que separaba el habitáculo que constituía su hogar, de la zona de conducción.

Cuando arrancó el motor de su Volkswagen, la oyó emitir un pequeño grito de sorpresa, pero él no estaba para tranquilizarla, sino para sacarla de la ciudad cuanto antes. Y ahora, cuatro horas después, estaban saliendo del estado. Aún se encontraban lejos de su destino, pero tenía la certeza de que no los habían seguido, por lo que no temía encontrarse con problemas.

Iba a ser la misión de protección más sencilla de su vida, se dijo al tiempo que divisaba un cartel anunciando la proximidad de una estación de servicio. Comprobó el nivel de combustible en el salpicadero y decidió que aquella sería la primera parada de su viaje. Lo mejor sería repostar y comprar algunas provisiones antes de que la pelirroja se despertase. Cuanto más tiempo pasase él conduciendo y ella entreteniéndose sola, mejor que mejor.

Emma tembló como una hoja al ver la mirada sádica de Doble D posarse en ella, nuevamente. La recorrió con codicia mientras sus pasos se dirigían a ella lentamente, como si le excitase ver el terror aumentar en sus ojos. Cuando él estuvo a tan solo unos centímetros de distancia, cerró los párpados con fuerza, no quería verse reflejada en las pupilas de ese psicópata. Sintió las manos del tipo posarse sobre sus hombros presionándolos con

fuerza, y el aliento fétido acariciarle el rostro, justo antes de lamerle la mejilla. Ese terrífico momento fue suficientemente repugnante como para hacer que abriese los ojos de par en par y se encontrase, al despertar súbitamente, con una enorme cabeza peluda sobre ella. Pegó un grito, despavorida, y reculó en la cama hasta golpearse con la pared de la furgoneta, justo antes de que el enorme pastor alemán que la miraba ladeando la cabeza, volviese a lamerla sin compasión, esta vez en la mano.

La cortina que separaba la zona de conducción del resto de la furgoneta se abrió y el tipo que le presentaron la noche anterior como Shadow, hizo acto de presencia. Llevaba el pelo revuelto, la misma ropa, e idéntica mirada hosca a la que le había visto al conocerlo. Tampoco en esta ocasión se molestó en presentarse o dirigirse a ella con palabras. En su lugar hizo algo parecido a un gruñido para indicarle que salía del vehículo.

Emma parpadeó un par de veces antes de conseguir reaccionar y levantándose de un salto, lo llamó soltando un grito estridente. Lo que hizo que el hombre se detuviese en seco.

—Perdone, pero ¿pretende dejarme aquí encerrada, de nuevo?

El tipo se dio la vuelta y la miró sin decir nada.

—Necesito ir al baño. —Enumeró la primera de sus urgencias.

Él se limitó a señalarle una puertecita de fuelle en la pared. Ella la miró

temiendo lo que habría detrás. Se agachó, y con la punta de dos dedos tiró del pomo hacia un lado descubriendo en el interior del diminuto hueco, un aún más pequeño baño portátil orgánico. Los ojos de Emma adquirieron toda su capacidad de expresión.

—¡Estará de broma! ¿Quiere que use esa cosa para hacer mis necesidades?

Él se encogió de hombros.

Emma resopló con fuerza.

—¿No sabe hablar o no entiende mi idioma? —Volvió a gritar cada vez más desesperada.

Si aquel hombre pensaba que iba a hacer sus necesidades en el mismo espacio que estaba destinado a dormir y cocinar es que estaba completamente loco.

—Entiendo lo que dices perfectamente, princesa. Lo que no parece comprender tú es que estamos huyendo, escondiéndonos de los malos y... esto... es lo que hay.

Emma abrió los ojos desorbitadamente a causa de la sorpresa. No sabía si le había sorprendido más que usase aquel inaceptable apelativo con ella, el destello arrogante de su mirada, o la profunda y grave voz con la que había pronunciado sus primeras palabras. Aun así, apretó los labios y se recompuso

con rapidez cuando él, sin esperar una respuesta, estuvo a punto de volver a cerrarle la puerta en las narices.

—Me es indiferente —dijo de forma abrupta.

Shadow se limitó a alzar una ceja, incrédulo.

—¿Le es indiferente que la maten?

—Me es indiferente lo que piense usted de mí. No soy una princesa, solo una persona civilizada. Y no voy a tocar esa... cosa, ¿entiende? —dijo señalando con su índice el dichoso aparato, sin querer mirarlo siquiera.

Inhaló, llenando por completo sus pulmones. El aire fresco que entraba por la puerta la cargó de energía y continuó, elevando la barbilla con gesto digno.

—Necesito ir al baño —expuso intentando calmarse—. Un baño con puerta, espejo y lavabo. También algo de ropa limpia y a ser posible, un café.

Él volvió a mirarla ladeando la cabeza, en un gesto idéntico al de su perro, que la puso muy nerviosa.

—Doble. Un café doble —apuntó posando las manos en las caderas, como si así reafirmase su postura.

Estaba claro que a él no le entusiasmaba su presencia, pero a ella tampoco. Y si aquel hombre pensaba que podía ignorarla o tratarla con gruñidos, es que estaba muy equivocado. Ella no había pedido ser rescatada

ni llevada a la fuerza a donde fuese que la hubiese llevado. Lo menos que merecía era un poquito de consideración y respeto.

—Está bien, puede bajar, pero no se separe de mi lado y siga mis indicaciones en todo momento —decidió él finalmente.

Emma no se lo pensó dos veces y, antes de que pudiera arrepentirse, salió de la furgoneta rápidamente. Cuando llegó a su altura se cruzó de brazos para protegerse del fresco de aquellas horas tempranas e intentó mantener el paso del hombre, a pesar de sus largas zancadas. Hasta que los letreros del área de servicio llamaron su atención y se detuvo en seco.

Shadow apretó el paso y los dientes mientras caminaba hacia la gasolinera. Al parecer, la princesita también era una fiera. Quizás había dado por sentado demasiado rápido lo fácil que le iba a resultar aquella misión. No había querido que Owen le diese datos de la investigación. Él ya no era agente, así que cuanto menos supiese, mejor. Solo le interesaba una cosa; saber que tenía que hacerla desaparecer hasta que Owen se pusiese en contacto con él nuevamente, imaginaba que para que ella testificara contra los malos.

Siempre era así, y cuando le pidió que protegiera a una mujer durante unas semanas, supuso que sería alguna delincuente de poca monta de las que solían captar en la unidad como informantes para declarar contra sus jefes. Lo

último que había esperado era a una señorita delicada, enfundada en un vestido elegante y recatado, de las que levantaban la barbilla para hablar y que juzgaría con la nariz arrugada su modo de vida y el que era su hogar desde hacía diez meses.

Gruñó maldiciéndose nuevamente por haber aceptado tan rápidamente el encargo, y apretó aún más el paso, pero Floki ladró y se giró inmediatamente a ver qué ocurría. Al girarse vio a su magnífico pastor alemán sentado junto a los pies de la pelirroja, custodiándola, mientras esta miraba estupefacta uno de los carteles de señalización. Miró a la chica y luego al cartel. «¡Maldita sea!».

CAPÍTULO 6

—¡Pennsylvania! ¿Estamos en Pennsylvania?

«Bien», pensó Shadow. La pelirroja estaba parpadeando a la velocidad de la luz, como si hubiese entrado en shock. También temblaba de forma extraña, con pequeñas sacudidas. No le gustaba tocar a sus protegidos, en realidad no le gustaba el contacto humano, en general, pero algo en la expresión perdida de su gesto lo llevó a posar las manos en sus hombros con el propósito de detenerla. Estaba helada, y no se detuvo ahí, frotó la piel suave de sus brazos para hacerla entrar en calor. Y perdiéndose por primera vez en su brillante mirada castaña, se dio cuenta de que no se había preocupado por ella en absoluto desde que subiera a su furgó.

Estaba claro que no había acertado en nada en sus conjeturas sobre quién sería ella. No tenía pinta de ratera, distribuidora de droga, ni cualquier otro tipo de delincuente de poca monta. ¿De dónde habría salido? ¿Y en qué lío se habría metido?

Emma salió del estupor que le produjo verse en otro estado al sentir las cálidas manos de aquel hombre sobre su piel. El contacto fue tan inesperado como la corriente eléctrica que la atravesó, recorriéndole la columna para anidarse en su pelvis. Inconscientemente, perdió todo interés en el cartel y se fijó en los ojos negros como el carbón que la inspeccionaban. No le extrañaba

que lo llamasen Shadow. Todo en él era oscuro y abrumador y, sin embargo, no podía describir como miedo lo que sintió bajo su contacto. No lo evitó. Solo dejó que el agradable calor que le transfería recorriera su cuerpo, haciéndola sentir a salvo.

—Hueles bien —dijo sin pensar.

Él la miró frunciendo las espesas cejas.

—Pareces sorprendida —la acusó bajando los brazos hasta los costados.

Inmediatamente, Emma se reprendió mentalmente por haber hecho que él cortase el agradable contacto. Ahora volvía a sentir el frío de aquellas horas prematuras, calándole hasta los huesos.

Por suerte él se dio la vuelta sin esperar una contestación y le dio la espalda para dirigirse de nuevo a la estación de servicio. Lo que le evitó el bochorno de mostrarse avergonzada y con las mejillas encendidas como una estúpida.

Aquella era una de sus maldiciones como pelirroja. Su piel era pálida, fina, ligeramente pecosa y con una tendencia abochornante a encenderse como una bombilla cuando se sentía humillada, azorada o furiosa. Lo que hacía imposible que pudiese ocultar sus sentimientos. Y en ese momento se sentía tonta. Aún más, estúpida, por dejar que el contacto de aquel

cavernícola la turbara, más cuando había sido tan desagradable con ella, y hasta el punto de haber olvidado, momentáneamente, interrogarlo por su paradero.

«¡Estoy en Pennsylvania!». Y lo que era peor, no tenía ni remota idea de cuál era el destino final que tenían preparado para ella, pero esta vez decidió hacer algo al respecto. No podía quedarse paralizada como un pasmarote, así que apretó el paso. Lo siguió hasta el interior del establecimiento, dispuesta a conseguir las respuestas que necesitaba.

Alanah bajó de su moto tras aparcarla en el lateral de la comisaría. Había pasado las últimas dos horas interrogando a vecinos, testigos y policías, hasta que obtuvo las respuestas que necesitaba sobre el paradero de su amiga. Y ahora, sintiendo una mezcla en su estómago de aprensión y furia, caminaba a grandes zancadas hacia la escalinata del edificio. Ni siquiera esperó a que Cameron, su marido y socio en la agencia de detectives, bajase de su coche para acompañarla. Sabía que no tardaría en alcanzarla, pero ella necesitaba respuestas ya. No le gustaba nada lo que le habían contado los vecinos. Algunos de ellos apenas habían conseguido hilvanar algunas palabras entre las que destacaban «disparos», «atracadores», «joyero muerto» y «Emma». Algunos habían asegurado que la habían visto herida. Otros, que se la había llevado la policía. Y algunos más, que se rumoreaba que la habían

pillado en medio del fuego cruzado entre la policía y unos malhechores que habían atracado la joyería y matado al dueño. Ese había sido el momento en el que había sentido su desayuno avanzar por su esófago hasta su boca, para salir por donde había entrado. Solo de pensar en que Emma, su amiga de la infancia, hubiese salido herida, o algo mucho peor, se ponía enferma.

—¡Cariño! —la llamó la inconfundible voz de su marido, cuando ya había subido la mitad de los escalones.

Se detuvo y giró para verlo ir hacia ella, lo que hizo que chocase contra un hombre que bajaba en dirección contraria.

—Lo siento —se disculpó este.

Ella apenas asintió con gesto errático, pues tan solo podía pensar en las noticias que le esperaban a pocos metros.

No había sentido tanto miedo desde que Duff, la hermana de Em, fue drogada hacía dos años en su fiesta de dieciséis cumpleaños. Toda la familia sufrió las semanas de su coma con auténtico terror.

—¿No podías esperarme? —le preguntó su marido llegando hasta ella.

—Necesito saber qué ha pasado y cómo está. No lo entiendes... —repuso en un tono mucho más seco del que pretendía utilizar con él.

—Sí lo hago. No conozco a Emma desde hace tantos años como tú, pero en este tiempo se ha convertido en una gran amiga. Yo también me

preocupo por ella —le hizo comprender, clavando su mirada en ella.

Alanah se sintió mal inmediatamente. El rostro de Cameron, totalmente contrito, mostraba toda la angustia y preocupación que sentía ella. Sabía que su afecto por Emma era sincero, y en un intento por disculparse, posó la mano en su mejilla.

—Lo siento. Sabes que me vuelvo loca cuando tocan a alguien de mi familia.

—Lo sé, pero deberías saber ya que no estás sola. Y Emma es nuestra familia.

Ella se limitó a asentir, tras recibir un leve beso en los labios. Cameron la tomó entonces de la mano, y juntos entraron en la comisaría.

CAPÍTULO 7

Cuando Alanah entró en las dependencias de la Unidad de Inteligencia, lo primero que pasó por su cabeza fue que a aquel sitio le hacía falta la estricta mano de Emma. Las mesas estaban atiborradas de papeles, carpetas, material de oficina, artículos personales y una ligera capa de polvo. Se parecía mucho a cómo ella tenía sus dominios en el despacho, e imaginaba la cara de su amiga paseando por aquellas mesas, conteniendo el aliento y registrando mentalmente la lista de tareas necesarias para hacer brillar el lugar, con extrema pulcritud. Emma tenía un trastorno obsesivo compulsivo que siempre la había sacado un poco de quicio, pues chocaba totalmente con su vida caótica y extrema. En ese momento, sin embargo, pensar que a lo mejor tenía que seguir viviendo sin absolutamente todas sus manías, le estrujaba nuevamente el estómago.

—Oye, ¿has oído lo de Shadow?

La pregunta que entre susurros uno de los detectives formuló a otro, en una esquina, llamó su atención. Se giró disimuladamente a un paso de distancia de Cameron y se colocó el cabello tras la oreja, agudizando el oído.

—Creí que ese ya no tenía nada que ver con la unidad —añadió el detective con desagrado.

—Pues parece que ha vuelto. Owen lo ha llamado para hacerse cargo

del paquete de esta noche. Y te guste o no, no ha habido otro como él en esta unidad.

El gesto del compañero se contrajo aún más al escuchar la réplica, lo que despertó el creciente interés de Alanah.

—¿Puedo ayudarles en algo?

Había estado tan concentrada en escuchar la conversación entre los detectives, que no se había percatado de que otro de los miembros de la unidad había reparado en ellos. Por suerte, Cameron se le adelantó y tomó la palabra.

—Sí, somos Alanah y Cameron, detectives de Ackerman y Heyes. Venimos a hablar con el sargento Owen sobre el atraco a la joyería del 219 de Bedford Ave.

El silencio se hizo en la pequeña sala y la media docena de agentes allí congregados clavaron sus ojos en ellos.

—Claro, esperen aquí un momento —le dijo la agente, que fue rápidamente al despacho ubicado al fondo de la sala.

Cameron devolvió la mirada a los presentes con una escueta sonrisa, y ella siguió fijando su atención y ceño fruncido en los dos que mantenían la misteriosa conversación. Su gesto inquisitivo hizo que ambos se separaran, tomando asiento cada uno en su sitio. Estaba a punto de ir a interrogarles

sobre lo que había oído cuando la puerta del despacho se abrió y un hombre castaño de mirada azul y glacial, los observó con recelo. Sin decir una sola palabra, los señaló e indicó que entraran en su despacho. Alanah reaccionó rápidamente. Tomando la delantera a su marido, se adentró en el despacho sin pensarlo dos veces. Aquel hombre tenía las respuestas que ella necesitaba, empezando por dónde estaba su amiga.

—¿Cómo que no puede decirme dónde está Em? —Alanah sintió la mano de su marido apoyada en su brazo, intentando tranquilizarla. Pero ella estaba hecha una furia.

Tras largos minutos en los que no había obtenido casi ninguna respuesta satisfactoria, su paciencia se había agotado. Por lo que vio liberada su fiera interior y, levantándose de la silla, apoyó ambas manos en el escritorio del sargento para escupirle la pregunta.

—Señora Ackerman...

—Alanah —puntualizó ella sin mermar el centelleo peligroso de su mirada.

El sargento asintió, desvió la mirada hacia Cameron buscando colaboración y, cuando vio que este se repanchingaba en el respaldo de su silla con diversión en los ojos, tuvo claro que estaba solo y volvió a enfrentarse a la mujer que parecía dispuesta a arrancarle la cabeza.

—Entiendo perfectamente la preocupación por su amiga, pero no puedo facilitarle más información. Es una investigación en curso y ustedes, por preparados que estén, no dejan de ser civiles. Tampoco son familiares...

—Somos familia. Emma puede que no tenga mi sangre, pero es mi hermana. Y toda la información que vaya a proporcionar a los Paxton, va a pasar primero por mí, se lo puedo asegurar. No consentiré que nada vuelva a dañarles.

El sargento resopló dejándose caer en su silla.

—Ella ya me advirtió que usted se enfurecería —reveló con una sonrisa cansada, tras un turno doble de dieciséis horas—. Está claro que la conoce bien.

Los ojos de Alanah brillaron ante la declaración.

—Sí, puede apostar su cuello.

—Y por eso, y por conocer su trayectoria como detectives en esta ciudad, es por lo que he tenido la deferencia de atenderles.

Alanah apretó los labios.

—Pero no puedo contarles más que lo que ya les he dicho. Está a salvo, y en un lugar seguro donde nadie podrá dar con ella. Eso es lo más importante. Les garantizo que estamos trabajando para dar con las personas que han atracado la joyería y asesinado al señor Perlman. El resto de la

investigación es confidencial. Si se mantienen al margen y no se convierten en un dolor de cabeza para mí, interfiriendo, estaré encantado de compartir con ustedes los progresos que hagamos.

Alanah le mantuvo la mirada unos segundos en los que por su cabeza pasearon varias opciones. Pudo sentir que su marido contenía el aliento en espera de su reacción, pero una idea iluminó su mente y evitó que terminase de desatarse la fiera interior, alimentada por su frustración.

—En ese caso, no seremos un grano en su culo, sargento. Espero que la fama que tiene su unidad también sea cierta, y reciba una llamada suya muy pronto.

La amplia sonrisa que acompañó a su declaración desconcertó a ambos hombres, que la miraron con suspicacia. Cameron se levantó rápidamente al ver que ella ya comenzaba a dirigirse a la puerta.

—Gracias. —Se limitó a despedirse del sargento, escuetamente, para seguir a su mujer. Sabía que esa preciosa cabecita ya estaba tramando algo. Mejor no separarse de ella.

Una vez fuera de la comisaría, Cameron impidió que Alanah se subiese a la moto, tomándola por la cintura. La volteó hasta que sus rostros estuvieron a escasos centímetros.

—Señora Heyes, no va a moverse de aquí sin decirme qué está

tramando —le dijo contra los labios.

—Señor Ackerman, ¿por qué imagina que hago tal cosa? —respondió ella intentando ocultar la urgencia que tenía por salir de allí cuanto antes.

—Porque conozco cada uno de tus gestos. Has estado a punto de arrancarle la cabeza a ese tipo hasta que se te ha ocurrido un plan. Y no vas a hacer nada sin mí. Lo prometiste, somos un equipo.

Alanah bajó el rostro sintiéndose culpable.

—Estoy asustada... —confesó—, y tienes razón, tengo un plan. He oído algo antes de entrar en el despacho del sargento. Él no nos va a dar más que retazos de la información, pero tal vez haya otra persona que pueda atar los cabos.

—¡Gus! —dijeron ambos al mismo tiempo.

CAPÍTULO 8

—El baño está por allí —le dijo Shadow señalando los carteles de indicación—, después coge lo que creas necesario. No tardes. En cinco minutos, exactamente, tenemos que salir de aquí —le espetó al entrar en el establecimiento.

Emma miró a un lado y a otro, después al pastor alemán apostado en la puerta, y por último al hombre que la acompañaba y que ahora la ignoraba para coger algunas cosas de los estantes. No disponía de demasiado tiempo y estaba deseando disfrutar de un poco de intimidad, así que sin mediar palabra se dirigió a los baños. Cuando se asease, alimentase y cambiase de ropa, se sentiría con fuerzas para enfrentarse a él.

El baño era pequeño, y como cabía esperar no destacaba por su pulcritud, pero al menos encontró papel, toallitas y jabón en el dosificador de la pared. Procurando no tocar nada, usó el baño, y tras permanecer unos minutos mirándose al espejo e intentando reconocerse en la imagen que este le devolvía, se llenó las manos de agua fría y empapó su rostro. Después tomó una porción abundante de jabón y se frotó las manos, el cuello y los

brazos, con fricción. Como si pudiese borrar no solo las manchas y moretones que ya empezaban a salirle, sino las huellas de los tipos que habían posado sus manos en ella, incluso las miradas que aún sentía sobre su cuerpo. Al darse cuenta de que volvía a tiritar, se aferró al filo del lavabo. Después tomó unas cuantas servilletas de papel del dispensador y se secó con ellas, dando pequeños toques sobre su piel, ya enrojecida. Con el pelo no había mucho que hacer. Lo llevaba enredado y hecho un desastre. Lo peinó con los dedos, pero no consiguió gran cosa. Prefería no seguir mirándose en el espejo y decidió prestar atención a su ropa arrugada, mugrienta y rasgada en algunas partes de la falda. Una chica entró en los baños y su inesperada presencia hizo que diese un respingo. Cuando esta la miró con extrañeza, intentó forzar una sonrisa, mientras pasaba por su lado y salía del baño con premura.

Con las prisas no vio al hombre grande que aguardaba en el pasillo hasta que chocó con él. En cuanto sintió que unos brazos la agarraban, quiso gritar, revolviéndose, pero él le tapó la boca con la mano y la sujetó con fuerza. Llevada por el instinto de supervivencia y la rabia, mordió la mano de aquel que quería apresarla nuevamente.

—¡Joder, princesa, soy Shadow! ¡Estate quieta! —le ordenó con la voz afectada por el dolor.

Emma abrió los ojos de forma exagerada y se revolvió aún más

sintiendo menguar la presión sobre sus brazos. En cuanto él destapó su boca, le espetó:

—¿Por qué demonios me has dado ese susto? —preguntó azorada.

—No era mi intención. Te dije cinco minutos para marcharnos y has tardado demasiado. Estaba a punto de entrar a por ti —respondió con recriminación.

—Necesitaba unos minutos...

—Eso es lo que parece no entender. No tenemos tiempo, debemos alejarnos de Nueva York lo antes posible. No tenías que haber bajado de la furgó hasta estar en un lugar más aislado —le dijo él entre dientes, para evitar que alguien los escuchase. Estaban ocultos del resto de los clientes del establecimiento, pero en cualquier momento eso podía cambiar.

—¿En qué lugar? ¿A dónde me llevas? —lo interrogó ella viendo la oportunidad de retomar aquel tema que tanto le inquietaba.

—No podemos hablar ahora. Tenemos que marcharnos ya —repuso mirando en derredor. Después, la tomó del codo para instarla a caminar.

—Mira, Shadow, las últimas horas han sido una auténtica pesadilla para mí. Me han hecho prisionera, amenazado con hacerme todo tipo de cosas, he visto torturar a un hombre al que conocía desde niña, y asesinarlo después. Y he sido llevada a la fuerza con un tipo al que no conozco y al que

parece que le molesta hasta mi forma de respirar. Por lo que no, no voy a moverme hasta que me digas a dónde me llevas.

Durante un par de segundos se sostuvieron el uno al otro las miradas incendiarias.

—Está bien, tú lo has querido —dijo él, y ella soltó el aire que guardaba en los pulmones, con alivio.

Shadow, que estaba harto de aquella situación y no podía esperar un minuto más, decidió optar por la salida más rápida. La tomó de la mano y tiró de ella sin ningún escrúpulo. Llegó hasta el mostrador, tomó las bolsas con las cosas que había comprado, y salió sin importarle sus protestas.

—¡Suéltame, cavernícola! —protestó ella golpeándolo en el brazo, de camino a la furgoneta.

Shadow se giró elevando una ceja, como si le hubiese picado un mosquito donde ella le había golpeado con todas sus fuerzas. Por sus labios se paseó una sonrisa pícaro que la dejó helada. El brillo endiablado de su mirada le aceleró el pulso hasta sentirlo frenético en la caja torácica. Y entonces, sin haberlo podido imaginar, él se agachó, pasó un brazo bajo su trasero y se la subió al hombro, cargándola como un saco. Un hombre de mediana edad y barriga prominente que echaba combustible en uno de los surtidores, los miró, alucinado. Emma, a punto del colapso mental, lo

escuchó decirle:

—A mi chica le ponen los juegos de rol, ya me entiende...

Emma quiso morir fulminada por un rayo en ese mismo instante. Jamás se había sentido tan abochornada. Algo que él mismo pudo comprobar al introducirla en la furgo y depositarla en el suelo. Su rostro encarnado anunciaba como un cartel de neón todo lo que pensaba de él en ese momento. Y eran tantas cosas y tan intensas que solo encontró una forma de expresarlas: propinándole un sonoro bofetón.

La mirada de Shadow se volvió incendiaria. Nunca antes una mujer se había atrevido a abofetearlo, mucho menos una a la que pretendía salvar la vida. Durante unos segundos utilizó toda su capacidad de autocontrol para sofocar la necesidad de ponerla en su sitio de una vez por todas. Pero mientras la miraba allí, con el rostro arrebolado, el cabello revuelto, la mirada centelleante, y la respiración acelerada que elevaba su pecho arriba y abajo en una carrera frenética por recuperar la calma, solo encontró una cosa que lo resarciría de aquel bofetón.

La sola idea de dejarse llevar por tan bajos instintos y besar salvajemente a una protegida le hizo dar un paso atrás y querer apalearse él mismo.

Aquella maldita mujer iba a ser todo un problema. Un problema del que

debía alejarse cuanto antes. Sin embargo, dejó caer las bolsas en el suelo e hizo todo lo contrario. Desoyendo a su voz interior fue hasta ella de dos zancadas y a escasos centímetros de su rostro, se inclinó sobre ella hasta que su aliento rozó el lóbulo de la oreja femenina.

—No ha sido una buena idea, princesa —señaló en un susurro parecido a un ronco ronroneo—. Yo también sé jugar a eso. Y la próxima vez que te conviertas en un problema, no acates mis ordenes, o nos pongas en peligro, podría querer devolvértelo con unos azotes que te dejen el trasero tan rojo como las mejillas.

Shadow, aún pegado a ella, vio que dejaba de respirar, conteniendo el aliento, y que su piel reaccionaba a su cercanía erizándose por completo. El sonido quedo de un pequeño gemido de protesta fue todo lo que salió de los labios femeninos. Una sonrisa satisfecha escapó de sus labios, y no se preocupó en ocultar su deleite. Siendo consciente de que estaba disfrutando demasiado de sus reacciones, se separó de ella con la misma rapidez con la que se había acercado. Y sin darse la vuelta declaró:

—Nos vamos. En las bolsas hay comida, artículos de aseo y algo de ropa.

Emma se quedó quieta en el sitio, sin ser capaz de reaccionar hasta que oyó el motor de la furgoneta ponerse en marcha, poco después de que él

desapareciera tras la cortina. Se dejó caer en la cama. Floki fue hasta su lado y posó la enorme cabeza sobre su regazo, mirándola con algo parecido a la ternura. El corazón volvió a latirle en el pecho y solo pudo hacer una cosa: llorar.

CAPÍTULO 9

Tras media hora de silencioso llanto, pues por nada del mundo quería revelar sus flaquezas al cavernícola que la custodiaba, Emma sintió que se había deshecho de una gran carga. Se sentía agotada emocionalmente. Todas las experiencias vividas en las últimas horas habían sido horribles, aunque sin duda, lo que jamás conseguiría borrar de su mente era el rostro consumido por el dolor del señor Perlman, y su muerte minutos después. Todo había pasado tan rápido... y a la vez recordaba cada segundo con una lentitud y exactitud agónicas, tanto que aún le parecía que en cualquier momento podría despertar de la pesadilla, darse cuenta de que se había quedado dormida leyendo en su sofá, y que en unas horas regresaría a la agencia para hacerse cargo de su vida un día más.

Pero solo tenía que abrir los ojos para ver que la pesadilla continuaba. Recorrió el interior de la furgoneta camperizada en la que debía acostumbrarse a vivir los siguientes días. Nunca antes había visto personalmente un vehículo así. Tampoco podía imaginar qué llevaba a alguien a habitar en aquellas condiciones, sin las comodidades a las que estaba acostumbrada. No es que ella fuese una princesa, como Shadow la había acusado de ser, simplemente no le encontraba el encanto. Ella precisaba de un sitio para cada cosa y una organización extrema en su vida, para no

volverse loca. Lo que para otra persona podía resultar un desorden procedente, a ella le resultaba pura anarquía que la desquiciaba. Y no podía imaginar vivir en un espacio en el que uno dormía, cocinaba, se aseaba y hacía sus deposiciones, todo a la vez. Y mucho menos compartirlo con un animal de las dimensiones del enorme pastor alemán de pelo largo que se había empeñado en usar sus pies como almohada. Aquel precioso, aunque antihigiénico animal, debía llenarlo todo de pelos que caían en la cama o los utensilios de la cocina.

Negó con la cabeza cerrándose en banda a permanecer allí en esas condiciones. Haciendo un rápido recorrido a la escueta estancia, su mente registró varios fallos en la distribución y organización del lugar.

Estaba segura de que no conseguiría volver a dormir, tampoco podía quedarse allí sentada el tiempo que Shadow tardase en llevarla hasta la siguiente y desconocida parada y decidió movilizarse. Iba a ser complicado teniendo en cuenta que el vehículo estaba en tránsito y su vaivén dificultaba mantenerse en pie, pero aquel pequeño problema no sería impedimento para que ella hiciese lo que mejor se le daba; organizar el caos.

Tomó aire con energía y decisión y se puso en pie dispuesta a comenzar. Inmediatamente tuvo que sujetarse a las paredes, forradas de madera blanca, para no caer de bruces. Después esperó a mantener el equilibrio hasta poder sujetarse a la pequeña encimera de madera en la que se

encontraba el fregadero, del mismo tamaño que el cuenco mediano que usaba ella para servir las palomitas. De hecho, echándole un vistazo más de cerca, efectivamente, aquello parecía un cuenco al que se le había hecho un agujero en el fondo. Junto a él había un grifo y sintió curiosidad por ver de dónde provenía el agua que dispensaba. Abrió cada cajón que encontró hallando dos depósitos bajo la encimera: uno de propano y otro de agua, además de una variopinta selección de utensilios de cocina que no hacían juego entre ellos ni queriendo. Al igual que las tres tazas, los cuatro vasos y media docena de platos de distintos tamaños que vio en uno de los muebles superiores. Lo que sí encontró fue una buena colección de especias, un par de paquetes de café molido y tres variedades de galletas, todo mezclado en el mismo espacio. Siguió con la inspección y en una escasa media hora, sabía ya dónde guardaba el señor cavernícola sus útiles de limpieza, aseo, ropa, tres libros, el calzado, la comida de Floki, sus cuencos, cepillo y correa, una tablet, un par de cargadores, un saco de dormir y un cofre que no consiguió abrir por estar cerrado con candado.

Seguía preguntándose dónde se ducharía y si realmente él usaría aquel aparato del demonio como váter. No queriendo pensar más en aquella posibilidad, se puso en marcha. No sin dificultades, por el movimiento y porque Floki la seguía a cada paso en el exiguo espacio. Dos horas más tarde había reorganizado absolutamente toda la furgoneta; cada área, hueco, cajón,

toda la ropa, utensilios, artículos. Había hecho la cama y limpiado concienzudamente cada centímetro hasta tener la certeza de que pasaba su exhaustiva inspección.

Y mientras hacía todo aquello recordó uno de los sabios refranes de su padre: «Se consigue más con miel que con hiel». Ella misma había dado ese consejo a Alanah miles de veces, y se dio cuenta de que, siendo hasta el momento la relación con su «guardaespaldas», un auténtico desastre, no había acatado su propio consejo. No tenía intención de entablar amistad alguna con él, pero lo cierto era que estaba en sus manos. Él sabía a dónde se dirigían, cuál era el plan y el proceder en una situación como en la que ella se encontraba. Si quería información, solo una persona podría dársela. Recordó la amenaza que le había hecho antes de desaparecer por la cortina. Solo de recordar su insinuación de azotarla en el trasero el color regresaba a sus mejillas, haciéndola sentir estúpida y expuesta.

«Supervivencia e inteligencia, Emma», se dijo a sí misma sacudiendo la cabeza para desechar el sentimiento de turbación que le provocaba. No debía dejar que la afectase. Tenía que ser más inteligente y dejar de discutir con él. Iba a ser la mejor protegida que hubiese tenido hasta el momento, al menos hasta que consiguiese la información que quería de él.

Con esa intención vació el contenido de las bolsas que Shadow había dejado en el suelo. Encontró algunos bollos industriales, leche, patatas fritas,

un cepillo para el cabello, otro para los dientes, y una camiseta de los [Philadelphia Eagles](#), cuatro tallas más grandes de la suya. Rebuscó por las bolsas alguna cosa más y vio con ansiedad que aquello era todo lo que él pensaba que necesitaba.

«Está bien, Emma, no te dejes llevar por la desesperación. Supervivencia e inteligencia. Se consigue más con miel que con hiel». Volvió a repetirse lo que parecía que iba a ser su mantra de los próximos días. Antes de dejarse derrotar a la primera de cambio, guardó la comida, se lavó la cara y los dientes, cepilló su cabello y miró la camiseta intentando averiguar qué esperaba él que hiciese con aquella única prenda. El rugido de su estómago le hizo saber que, en ese momento, debía dar prioridad a otras cosas; como alimentarse.

Justo acababa de terminar de preparar una cafetera y disponer los bollos en un platito con una servilleta bajo los mismos, con sumo cuidado, cuando sintió que se desviaban saliendo de la carretera. Fue hacia la ventana que había tras el fregadero y vio que llegaban al parking de una zona comercial. Sonrió pensando que tal vez allí podría comprar el resto de cosas que precisaba; como ropa interior, una muda completa, calzado más cómodo que sus zapatos de tacón, sus cremas habituales y artículos de aseo, una libreta, bolígrafos, un par de libros y revistas de crucigramas y sudokus, y un móvil para llamar a su familia, para empezar.

Tan solo tuvo tiempo de estirarse la falda, repasar su cabello y forzar la mejor de sus sonrisas, antes de que él, tras bostezar sonoramente como un oso, apagase la radio y abriese la pesada cortina, regalándole una mirada arisca y ceñuda.

«Miel, Emma, mucha miel», se repitió mentalmente sin menguar la sonrisa mientras él miraba a un lado y a otro, escrutando el espacio, recién reorganizado.

—¿Qué mierda has hecho con mi casa? ¿Qué parte de que no te conviertas en un problema no has entendido? —bramó él justo antes de dirigirse a ella con mirada colérica.

CAPÍTULO 10

Shadow no podía creer lo que veía. La pelirroja había estado husmeando en sus cosas y lo había cambiado todo de sitio. ¿De verdad era tan dura de mollera como para no enterarse de que no quería que lo molestara? ¿En qué universo alternativo tocar todas sus pertenencias no lo era? Tenía ganas de estrangularla. Era curiosa la facilidad que poseía la princesita para hacerlo cambiar de humor. Recordaba que hacía apenas tres horas, lo había enfurecido, después provocó que tuviese ganas de besarla, y ahora quería zarandearla de nuevo.

—¡No puedo creer lo que has hecho! —bramó pasando por su lado para echar un vistazo tras ella. Revisó su cama y las cosas que tenía guardadas en las estanterías y armarios de su ropa. Hasta el momento habían mantenido su organización particular, pero ahora sus sudaderas, camisetas, vaqueros, calcetines y hasta sus malditos calzoncillos, parecían expuestos para su reventa en una tienda.

«¡Maldita sea! Si hasta están organizados por colores», se dijo, incrédulo.

—¿Te gusta? —preguntó ella a su espalda.

Creyendo alucinar al advertir cierta impaciencia en su voz, se giró con

el mismo gesto furioso, que quedó congelado al ver la expectante sonrisa que ella le brindaba. Iba a protestar enérgicamente cuando la pelirroja abrió la boca y comenzó a hablar, sin tomar aire entre frase y frase.

—Sé que está muy distinto y, por supuesto, puedes volver a cambiar cualquier cosa que te disguste, pero teniendo en cuenta que me has dejado claro que aquí es donde voy a habitar los próximos días, creí necesario hacer una inspección para familiarizarme con la distribución y disposición de todas las cosas. Entonces me di cuenta de que realmente era posible sacar mucho más partido al espacio. Soy especialista en este tema, ¿sabes? Y creí que, de alguna forma, te debía el tomarme la molestia de hacerlo. Sé que no he sido muy colaborativa, y quiero que eso cambie por el bien de la convivencia.

Shadow entornó la mirada, elevando una ceja al tiempo. «¿Lo está diciendo en serio?». Aquello era lo último que había esperado, y no sabía si creerla o no. Lo que había hecho no le hacía una pizca de gracia, pero si ella había intentado agradarlo, ¿cómo iba a derrochar su enfado con ella?

Emma aguardó impaciente su respuesta. Por supuesto, no le había dicho toda la verdad. De haberle confesado que tenía un trastorno obsesivo compulsivo y que había hurgado en sus cosas para sentirse ella mucho mejor, él la habría mirado como si estuviese loca.

Y no lo estaba.

Toda la vida había mantenido el control fiscalizando cada detalle, cada aspecto, haciendo que todo tuviese un sitio, organización y propósito. Las cosas eran mucho más sencillas de esta forma para ella. Así que intentando mantener la veracidad de su discurso, suavizó la sonrisa, que ya le dolía en la cara de tanto fingir. Contuvo el aliento cuando vio que tras mirar a un lado y a otro, con el gesto furibundo, se acercó a ella invadiendo exageradamente su espacio personal. No era difícil siendo él de gran tamaño en contraste con el pequeño lugar, pero aun así se puso muy nerviosa. Las palabras «azote» y «trasero» llegaron a su mente como flashes. Cerró los ojos, sintiéndose tonta y esperando que él la reprendiera, con la certeza de que había descubierto su engaño.

—¿Qué has hecho con mi café? No huele como siempre.

Emma abrió los ojos para observar cómo tomaba la cafetera y olisqueaba su contenido. Sin decir nada, se acercó a él, le quitó la jarra de la mano, sacó una taza de su nueva ubicación y le sirvió un café.

—Pruébalo —le indicó, ofreciéndosela.

Sin deshacerse de la mirada suspicaz, él obedeció después de oler nuevamente el oscuro brebaje. Emma sonrió al ver que las comisuras de los carnosos labios del cavernícola se elevaban con gusto. Sabía que su café era excepcional. Alanah y Cameron se lo decían cada mañana. Sin embargo,

aquella pequeña sonrisa supuso para ella la satisfacción de un logro especial.

—Ujum... Está bueno —reconoció él y volvió a beber, esta vez paladeándolo.

A Emma no se le escapó que su tono se había suavizado, volviendo a parecer un ronroneo, más que un gruñido.

—Genial. Y ahora, ¿podemos hablar de mi lista de necesidades?

Shadow se atragantó con el café y escupió una pequeña cantidad por la sorpresa.

Emma aguantó el impulso de tomar la bayeta y limpiar el estropicio rápidamente.

—¿De qué demonios hablas? ¿Qué lista de necesidades? —La miró como si estuviese chiflada y estuvo a punto de flaquear en su plan. Pero en lugar de eso, sacó un papel doblado cuidadosamente y oculto en su vestido, sujeto con la tira de su sujetador. Recuperando la sonrisa, se lo entregó.

Él tomó el papel y lo desdobló con rapidez.

—Pantalones, zapatos planos, un par de blusas, un pijama, crema hidratante para el rostro, otra para las manos, protector labial, desodorante, maquillaje, suavizante para el cabello... Ujum... ropa interior, una libreta, bolígrafos, libros, revistas de crucigramas y sudokus, fruta, verduras, leche desnatada, azúcar, pan integral, aceite de oliva y un móvil —leyó él toda la

lista en voz alta. Después la miró con intensidad—. Esto tiene más puntos que la lista de exigencias de los atracadores de un banco —expuso sin humor.

—Es lo mínimo —dijo sin más.

—Con que lo mínimo, ¿eh?

Él volvió a derrochar una sonrisa y ella sintió un nudo en el estómago, que achacó inmediatamente al hambre.

—Te puedo asegurar que sí —sostuvo, manteniendo la postura.

—Ya... Está bien.

—Entonces, ¿vamos de compras? —preguntó con expectación.

—No, princesa. Yo iré de compras. Tú permanecerás aquí, con Floki. Él cuidará de ti.

Al escuchar su nombre, el can se sentó en posición de guardia y la miró con atención. Emma le sostuvo la mirada sorprendida, una centésima de segundo, antes de enfrentarse a él de nuevo.

—Pero necesito ir contigo. No vas a saber qué cosas son las que necesito. Ni siquiera sabes mi talla... —protestó.

Shadow, en la puerta de la furgoneta, se giró para mirarla de arriba abajo, inspeccionándola de forma exhaustiva. Una sonrisa se paseó por la comisura de sus labios.

—Una seis. Aunque puede que en algunas partes, una ocho.

Inmediatamente, Emma cruzó los brazos sobre el pecho, intentando ocultar de la vista masculina su delantera. Afortunadamente, él no pudo ver el rubor que volvió a teñir sus mejillas escandalizadas pues antes de que pudiese protestar, él abrió la puerta y se marchó, dejándola encerrada nuevamente en compañía de su peludo custodio.

CAPÍTULO 11

Alanah y Cameron llamaron a la puerta de Gus, su hacker particular, después de haber conseguido el tributo que la chica pedía a cambio de sus servicios. Normalmente la debilidad de la hacker eran los *cannoli*, pero desde hacía pocos meses, estos solo se los regalaba su novio y ellos se las habían tenido que ingeniar para encontrar otra cosa que la volviese loca y la incentivase a ayudarles en los casos. Esperando haber acertado con el presente, Cameron llamó por segunda vez, esta vez con más contundencia. A los pocos segundos, la chica menuda de rostro redondo y coletas multicolor, abrió la puerta con su habitual ceño fruncido.

—Vosotros es que tenéis el don de la oportunidad —dijo con sarcasmo, mientras se limpiaba la boca.

—Sentimos si el intento de asesinato de Emma te pilla mal en este momento, pero necesitamos tu ayuda.

Aquellas contundentes palabras hicieron que Gus se echase a un lado, dejándolos pasar. Sus ojos se habían agrandado hasta adquirir toda su capacidad de expresión y mantuvo la boca abierta hasta que el matrimonio entró en su cueva. Después cerró la puerta tras ellos.

—¿Qué acabas de decir? ¿Qué es eso de que han intentado asesinar a Emma? —interrogó la chica, dejándose caer en su sillón, ante el enorme

escritorio sobre el que estaban dispuestas sus tres pantallas gigantes.

—¿Te has enterado del atraco de esta noche a la joyería del señor Perlman? —le preguntó Cameron.

—¿Es *Juego de tronos* la mejor serie de todos los tiempos? —preguntó la hacker a su vez, a modo de respuesta, como si fuese impensable opinar lo contrario.

Cameron sonrió al asegurarse de que habían acertado. Y extendiendo el brazo le entregó el paquete que habían llevado para ella.

Gus lo abrió con impaciencia, encontrando en su interior una figurita de Arya Stark, uno de los personajes de la serie. La expresión centelleante de su mirada reveló lo feliz que estaba con el regalo.

—Está bien. Me alegro mucho de que hayamos acertado, pero tenemos prisa. Necesito que te centres ahora mismo —cortó el momento Alanah, con su habitual impaciencia.

Gus estaba más que acostumbrada a las salidas de tono de la detective, pero en esta ocasión la angustia también teñía su voz y dejó inmediatamente su figura para concentrarse en ella.

—Estoy aquí. ¿Qué ocurre? —dijo colocando ya los dedos sobre el teclado, dispuesta a comenzar a teclear a toda velocidad.

Alanah no se anduvo con chiquitas y comenzó a relatar el caso.

—La noche pasada, Emma fue a la joyería de Perlman para recoger los anillos de sus padres. Según parece, en el momento en que se producía un atraco. No tenemos muchos datos sobre lo que ocurrió en realidad y la Unidad de Inteligencia de la policía no está por la labor de compartir información.

Los ojos de la hacker volvieron a agrandarse al escuchar que la secretaria de sus amigos, a la que había podido conocer bien durante los últimos años, había estado en peligro.

—¿Y cómo está Emma? —interrumpió a la detective.

—Ese es el tema. En la Unidad solo nos han dicho que está bien y bajo custodia. No sabemos por qué precisa de protección si al parecer todos los atracadores murieron en la intervención de la policía. Por supuesto, tampoco nos han dicho dónde se encuentra.

—Es lo habitual, cuanta menos gente lo sepa, más segura estará.

El gesto de Alanah se torció en una mueca.

—Nosotros no somos... gente. Somos su familia. También podríamos protegerla.

—De eso estoy segura —apuntó la chica, mirando de reojo la bota de la detective, en la que sabía que llevaba escondida una 22—, pero en estos casos lo mejor es la custodia policial. Ellos tienen más recursos logísticos.

Alanah arrugó aún más el gesto.

—En la unidad he escuchado un nombre. Dos detectives hablaban sobre un tal Shadow y decían que se había hecho cargo del paquete de esta noche. Creo que se referían al tipo que la está custodiando. No vamos a ir a buscarla, pero necesito saber que ese hombre está capacitado para protegerla, por encima de todo.

Gus aguardó un segundo antes de empezar a teclear. No quería poner en peligro a Emma haciendo investigaciones en la red. Pero finalmente, consciente de que nadie podría rastrear sus movimientos y, en segundo lugar, sabiendo lo mal que lo estaría pasando la pareja, decidió ayudarles. El tecleo frenético no tardó en escucharse en la cueva, llenándolo todo.

Estaba inmersa en la búsqueda de información cuando intervino de nuevo Alanah.

—¿A qué demonios huele aquí? Es...

—Es ramen, habéis interrumpido mi comida.

—¿Tu comida? Esto es asqueroso —alegó con repugnancia la detective, haciendo arcadas.

Gus y Cameron la miraron sorprendidos, aún más cuando la vieron adentrarse en el baño, a toda prisa, tapándose la boca. Alanah podía ser muchas cosas, pero no era delicada ni escrupulosa. Encogiéndose de

hombros, Gus siguió tecleando sin descanso, y unos minutos más tarde, la detective volvió con ellos, con el rostro pálido y perlado por el sudor. Antes de que le pudiesen preguntar cómo estaba fue ella la que interrogó.

—¿Qué tienes? ¿Has encontrado algo?

—Por supuesto. Jay Hayden es vuestro hombre. Más conocido como Shadow. Fue miembro de la Unidad de Inteligencia durante siete años. Muchas cosas de su expediente son confidenciales, pero... ¡guau! Podéis estar tranquilos, este tío es... peligroso.

Alanah chasqueó la lengua contra el paladar antes de volver a pronunciarse.

—¡Vaya! Justo las palabras que necesitaba oír.

CAPÍTULO 12

—¿Qué es todo esto? —Emma iba sacando cada artículo de las bosas y su gesto cambiaba por momentos.

—Lo que ha pedido la princesa —respondió él con gesto indescifrable.

Ella respiró profundamente intentando contener la molestia que le producía que la llamase así y se concentró en las compras.

—Esto es...

—Un chándal. Hay dos. Me gustó ese modelo y lo elegí en dos colores.

Emma tomó las prendas y las observó como si fuesen el disfraz de un payaso. No se había puesto ropa deportiva desde que terminó el instituto.

—Ya veo... —fue lo único que consiguió decir.

—Te los puedes poner con estas camisetas —añadió él sacando media docena de las mismas en distintos colores y con estampados deportivos. Del tipo que ella habría elegido para su hermano Donnie, pero jamás, en la vida, se habría comprado para ella—. Y aquí, las zapatillas de deporte. He calculado tu número de pie a ojo, no me lo dijiste y espero que te valgan.

Emma se mordió el labio inferior para detener la ristra de impropiedades que se le venían a la mente en ese momento.

—¿Esta es toda la ropa? —preguntó con un nudo en el estómago.

—No, también me has pedido ropa interior.

Inmediatamente sus mejillas se volvieron a encender. Bajó el rostro y sobre su regazo cayeron dos paquetes, uno con media docena de braguitas de algodón de color blanco. Todas iguales, básicas, y de abuela. Al igual que los tres sujetadores que había comprado en lote. Tampoco le había dicho su talla de pecho, pero por encima pudo comprobar que tampoco se había equivocado. Tragó saliva antes de continuar.

—¿Y el pijama?

Shadow tomó de la cama la camiseta de los [Philadelphia Eagles](#) que había comprado en la gasolinera, y se la lanzó.

—Esto no es un pijama —protestó.

—Por experiencia sé lo mucho que os gusta a las mujeres poneros nuestra ropa, pero mis cosas no se tocan. Puedes usar eso como camisón.

—Creo que, según tu experiencia, has convivido con mujeres que no se parecen en nada a mí.

—Eso seguro —dijo él recorriéndola con la mirada. Pero no supo si su comentario conllevaba matices de insulto.

Sintiendo nuevamente ganas de gritar, volvió a perderse en el contenido de las bolsas. La única crema hidratante que había era corporal. Él debía pensar que toda la piel del cuerpo era igual. También había protector labial y

desodorante. Por lo menos en eso había decidido complacerla. También había dos libretas, algunos bolis, una novela negra y dos revistas de sudokus.

—¿El maquillaje?

—A ti no te hace falta —contestó él escuetamente.

«¿Qué habrá querido decir?». No encontró respuesta, pues Shadow se había girado para servirse un café y le ocultaba su rostro.

—¿Por qué demonios me has comprado un tinte para el pelo? —estalló finalmente.

Valía que la vistiese con esas ropas, que la obligase a usar bragas de abuela y que durante las próximas semanas tuviese que dormir con una enorme camiseta deportiva, pero por aquello no pasaba. Si se sentía orgullosa de algo de su físico, era de su cabello cobrizo, en ocasiones algo rebelde, pero sin duda, único. Hacía brillar sus ojos castaños y piel pálida, y no iba a teñirlo de rubio oxigenado.

—Lo siento, princesa, pero eres demasiado llamativa.

—Deja de llamarme princesa. ¿Y qué significa eso? —dijo ella levantándose para enfrentarlo. Se dio cuenta inmediatamente de su error, al ver que se enfrentaba a un hombre tres palmos más alto que ella y con el triple de cuerpo.

—No eres tonta. Es evidente que llamas demasiado la atención, y

vamos de incógnito. Necesito que seas irreconocible. En fin, el libro es bueno —dijo dando por concluido el tema del tinte—, espero que te guste. No tenemos tiempo para más charla. Tienes cinco minutos para cambiarte, después te quiero en la cabina. Es más seguro viajar en los asientos destinados para ello.

—Más seguro para que no toque tus cosas —puntualizó ella.

—Eso también —dijo justo antes de atravesar la cortina y encender la radio, dando la conversación por finalizada.

Un bache en la carretera sacudió el vehículo. Shadow tuvo que frenar de repente y Emma despertó, sobresaltada y aturdida, al sentir una mano grande posarse sobre su pecho. Abrió los ojos de par en par al ver por dónde la tenía sujeta. Su mano era tan grande que abarcaba por completo su seno izquierdo.

—¿Qué... qué haces? —preguntó sacudiéndoselo de encima.

—Tranquila, princesa, solo intentaba evitar que te fueras contra el salpicadero. La frenada ha sido brusca y no llevas el cinturón.

Emma se mordió el labio sintiéndose un poco mortificada. Estaba claro que intentaba protegerla, pero no iba a darle las gracias por tocarle un pecho. En lugar de eso se revolvió en el sitio, sentándose bien y se abrochó el

cinturón con celeridad.

No sabía durante qué parte del camino se había dejado acunar por los brazos de Morfeo, pero las tonalidades anaranjadas y violáceas del cielo le anunciaban que se ponía la tarde.

—Me he quedado dormida. Nunca lo hago mientras viajo —decidió cambiar de tema.

—Estabas cansada. Es normal.

—Desde que salimos de Nueva York tú no has dormido —apuntó, dándose cuenta por primera vez de aquel detalle.

—El hábito de las guardias de vigilancia es algo que nunca se pierde, pero no te preocupes, cuando duerma caeré rendido como un oso. —La inesperada sonrisa de Shadow le produjo un cosquilleo en el estómago.

—Perdona, pero no tienes pinta de policía.

Él le sonrió arqueando una ceja.

—¿Y de qué tengo pinta, según tú? —preguntó.

A Emma se le ocurrieron un par de adjetivos que no veía muy oportuno decir en voz alta.

—Ya veo —dijo él justo antes de soltar una gran carcajada que inundó toda la cabina e hizo que Floki, hasta el momento recostado entre ambos, elevase la cabeza y los mirase con curiosidad—. Bueno, no puedo culparte,

hace un tiempo que no lo soy.

—¿Y por qué dejaste la policía? —Muy a su pesar, la curiosidad que le provocaba ese hombre iba aumentando cuanto más tiempo se veía obligada a pasar con él.

La risa de su custodio se detuvo inmediatamente. Su rostro se volvió inmutable y apretó las mandíbulas.

—Lo siento. No sabía que era un tema delicado. No pretendía incomodarte —se apresuró a disculparse.

Él se mantuvo en silencio lo que a Emma se le antojó una eternidad. Se arrepentía de haber hecho la pregunta, pero ya no podía borrarla. Pensando que él había dado la conversación por terminada, se giró hacia la ventana para descubrir que estaban en Ohio. No pudo expresar su sorpresa porque de manera inesperada, él comenzó a hablar.

—Decidí dejar el cuerpo hace más o menos un año, tras la muerte de mi mujer.

No esperaba una declaración como aquella y Emma se quedó sin aliento. Pero él siguió hablando.

—Fue asesinada —suspiró.

—Lo siento —fue lo único que ella fue capaz de decir.

Shadow asintió con una oscuridad en la mirada que sobrecogió el

corazón de Emma.

—Será mejor que nos detengamos. Pronto se hará de noche —anunció él sin expresión en la voz, como si se hubiese quedado ausente.

Emma vio por el parabrisas que se acercaban a un camino que anunciaba la entrada a un camping de caravanas. Tras encontrar el lugar perfecto para estacionar, Shadow apagó el motor y las luces de la furgoneta.

—He estado aquí en un par de ocasiones. Prefiero los sitios más íntimos, pero este está equipado con todo lo necesario. Y los baños están limpios —añadió mirándola de reojo.

Emma asintió sabiendo que el apunte iba para ella.

—Gracias —dijo en un hilo de voz, aún afectada por la revelación.

—Solo hago mi trabajo —expuso él antes de perderse de vista, atravesando la cortina.

CAPÍTULO 13

Micah Eisenmann miró a través de los grandes cristales de su ático en el centro de Manhattan, hacia las extraordinarias vistas del río. Las luces de la ciudad que nunca duerme eran todo un espectáculo y desde allí parecía que tenía el mundo a sus pies. En realidad, aquella afirmación no estaba muy lejos de la realidad. Había luchado mucho durante los últimos años para hacerse respetar en un mundo dominado especialmente por los hombres. En sus inicios había sido infravalorada, vejada y traicionada. Pero su mano férrea, determinación y falta de escrúpulos, le había agenciado una reputación que hacía pensárselo dos veces a aquellos que osaban interponerse en su camino.

Por esa razón no podía obviar el caso del joyero, aunque le hubiese causado unas pérdidas insignificantes para el patrimonio que había conseguido amasar. Nadie, absolutamente nadie, quedaba libre de castigo si intentaba robarle. Todos los que lo habían intentado habían pagado con su vida. Así era como se conseguía el respeto, o el miedo que, para el resultado a obtener, era más eficiente.

Ella había aprendido la lección, en su niñez y juventud, a base de cicatrices. No dejaba que nadie advirtiese las huellas de su pasado, pero cada noche, en la privacidad de su apartamento, se desnudaba y se contemplaba en

el espejo durante largos minutos, recorriendo con la mirada y las yemas de los dedos cada centímetro de la carne inflamada de los latigazos sufridos. Estos le impedían olvidar de dónde venía y a dónde quería llegar.

El recuerdo de una niña de apenas catorce años, atada y colgada con cuerdas mientras era fustigada sin piedad llegó a su mente. Pero hacía años que aquellas imágenes no inundaban sus ojos. Se había vuelto insensible, alimentada por la rabia, la ira, el ansia de venganza. Levantó la barbilla y su reflejo en el cristal le devolvió la imagen de un rostro soberbio. Era tan temida como admirada por su belleza. Su piel de marfil, su cabello azabache y sus ojos almendrados, del azul más helado, captaban las miradas de cuantos coincidían con ella. Pero ahora ya nadie se atrevía a tocarla.

Elevó la mano para admirar el hermoso y ostentoso anillo de diamantes de 35 quilates que lucía en la mano derecha. Era perfecto, majestuoso, intimidante, imponente, y eterno. Cada uno de sus diamantes era único. Una pieza irremplazable de su imperio, una porción de su poder. Y nadie podía intentar arrebatarse dicho poder.

—Señora, ya lo tenemos —anunció Marcus, su mano derecha, entrando en su despacho.

—Hacedlo pasar.

Tras el hombre de poco más de metro ochenta, rostro anguloso, piel oliva y fea cicatriz sobre el ojo izquierdo, entraron cuatro más. Dos de ellos

sujetaban con fuerza a un hombre rubio, de unos treinta años, que los miraba con pavor. Micah lo observó con desdén mientras sus hombres lo obligaban a caer de rodillas frente a ella. El tipo elevó el rostro para cruzarse con su mirada helada y sonrió con nerviosismo.

Micah, sin cambiar el gesto, dio la vuelta a su diamante dejándolo en la palma de la mano, y sin darle tiempo a reaccionar lo abofeteó con fuerza, borrando su sonrisa de un plumazo. La mejilla y labio del hombre quedaron profundamente marcados y de sus heridas comenzó a emanar sangre, tiñendo su rostro.

—¿Dónde están mis diamantes? —lo interrogó en un tono tan helado como su mirada.

—Señora, no tengo ni idea. Yo no sé nada de sus diamantes. Los tenía mi padre...

Antes de que pudiese volver a mentirle, Micah se inclinó sobre él, lo tomó del cabello, tirando hacia atrás con fuerza y obligándolo a mirarla a los ojos.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó muy cerca de su rostro.

Él negó con la cabeza.

—Soy la dueña de tu patética vida. Si vives o mueres depende exclusivamente de mí. Y si me decanto por la segunda opción, yo seré

también tu forma de hacerlo. No me complace matar, pero cuando me obligan a hacerlo, me vuelvo muy ingeniosa. Me gusta que mis actos escondan un mensaje.

—Le juro que no sé nada de sus diamantes...

Micah se limitó a hacer un gesto a Marcus y este golpeó con fuerza en el pecho a Simon Perlman Junior. Este abrió los ojos desorbitadamente al quedar privado de oxígeno en los pulmones. Recibió tres nuevos y certeros golpes en el rostro, dejándolo con el labio partido, el ojo hinchado con un aspecto deplorable y otra fea contusión en la mejilla, que abrió aún más la primera herida infligida.

—Señora —anunció su presencia otro de sus hombres entrando en su despacho.

—Espero que sea algo urgente, no me gustan las interrupciones —dijo ella entre dientes, sin dejar de mirar al hijo del joyero.

—Lo es, señora. Tenemos una pista sobre el paradero de la mujer que se encontraba en la joyería. Sabemos quién la tiene. Está bajo custodia policial.

—Ella debe tener los diamantes. Seguro que tenía algún trato con mi padre... Yo no sé nada... —balbuceó Simon rápidamente.

—¿Es tu última palabra? —le preguntó Micah manteniendo la postura

impasible.

El apresado se limitó a asentir, mientras la miraba buscando clemencia.

Una clemencia que no encontró en la traficante de diamantes que, ante su mirada absorta, tomó el arma de Marcus y antes de que pudiese articular un nuevo sonido, lo ejecutó con un disparo en la cabeza.

El cuerpo sin vida del hijo del joyero cayó en el suelo.

Sin molestarse en contemplar los restos de su ejecución, Micah devolvió el arma a su hombre, sacó el pañuelo blanco que este tenía en el bolsillo de su traje para limpiar sus manos y se volvió al escritorio.

—Deshaceos del cuerpo y traedme a esa mujer. Tengo otra bala para ella.

CAPÍTULO 14

—¿Y está seguro de que mañana estará lista?

Emma, que observaba por la ventana, escuchó a Shadow hablar con el mecánico. Su tono tenso y apurado no presagiaba nada bueno. Lo vio pasarse la mano por el cabello hasta llegar a la nuca. Al hacerlo, la camiseta se le subió mostrando parte de sus esculpidos abdominales, e inconscientemente tragó saliva. Bufó al darse cuenta de que, en los últimos cuatro días, había repetido ese gesto con demasiada frecuencia.

Era indiscutible que era un hombre con un atractivo oscuro y endemoniado, dotado de un halo peligroso muy parecido al de los personajes que describía en los relatos y novelas que escribía en sus ratos libres, en las libretas que tenía escondidas en el fondo de la estantería de su dormitorio. Jamás se atrevería a mostrar a alguien las historias con las que fantaseaba su fértil imaginación. Ni siquiera a Alanah que, a pesar de ser su mejor amiga, también era la persona menos romántica del mundo. Estaba segura de que de haberlo hecho, le habría dado motivos suficientes para meterse con ella cada vez que tuviese ocasión. Y era curioso que en sus historias siempre describiese a un hombre parecido al que repasaba con la mirada en ese momento, cuando en sus parejas siempre había buscado un modelo muy diferente. Ella salía con hombres educados, corteses, que mostrasen un

aspecto impecable y que no se rascasen la inexistente barriga en público, tal y como Shadow hacía en ese momento, ajeno a la revolución que causaba no solo en ella, sino en las dos féminas del bungalow de enfrente al suyo.

Cuando intentaron arrancar al día siguiente de su llegada al camping, la furgoneta se negó a hacerlo. Y aunque su protector tenía algunas nociones de mecánica, la avería precisaba de un par de recambios y los había obligado a permanecer en el camping hasta que estos llegasen. En un principio el mecánico del pueblo más cercano les había dicho que en un par de días el vehículo estaría arreglado, pero no había sido así. Y estaba claro que Shadow estaba perdiendo la paciencia.

Ella, por su parte, había agradecido que se tuviesen que hospedar en uno de los bungalows en alquiler dentro del camping. Eso le había permitido disponer de algo más de intimidad, usar un baño privado y tener unas comodidades con las que ya no contaba. Aunque a lo que no conseguía habituarse era a compartir espacio con él. No había vivido con un hombre desde que abandonase el nido familiar para irse a la universidad, y hacerlo con uno como él era aún más abrumador. Estaba claro que Shadow tampoco estaba acostumbrado a hacerlo, al menos desde la muerte de su esposa.

En varias ocasiones se había sentido tentada de preguntarle más por ella, pero el recuerdo de su mirada turbia cuando le habló de las circunstancias de su muerte, la había disuadido.

—La furgo no estará hasta mañana —anunció él entrando por la puerta que comunicaba la cocina con la parcela, interrumpiendo sus divagaciones.

Emma, que estaba limpiando la tabla en la que había cortado las verduras para la comida, se giró a mirarlo.

—Eso me ha parecido oír... —El resto de la frase quedó congelada en su boca al ver que se estaba quitando la camiseta.

No quiso ser descarada, pero le fue imposible no recorrerlo con mirada ávida hasta que sus mejillas se encendieron.

—Voy a darme una ducha. Floki me ha puesto perdido —la informó con algo parecido a una sonrisa socarrona paseándose por sus labios.

Emma se giró inmediatamente, reprendiéndose mentalmente. Debía parecerle una mojígata estúpida que se ruborizaba solo por ver el torso desnudo de un hombre. ¿Se podía ser más patética?

—Claro, la comida estará en media hora —se limitó a informarlo intentando mantener un tono neutral.

Cuando oyó la puerta del baño cerrarse tras él segundos después, respiró con alivio y se apoyó en el fregadero, al tiempo que se mojaba el rostro con agua fría. El cabello, rubio por el tinte, le cayó sobre la frente y se lo sopló para apartárselo. Odiaba verse de ese color, pero tras escuchar cada uno de los últimos días las charlas de concienciación de los peligros a los que

se enfrentaban que le daba Shadow, había tenido que admitir que no era un sacrificio tan grande a cambio de su seguridad.

Floki se acercó a ella y golpeó suavemente su pierna con el hocico, en busca de mimos. En aquellos pocos días se había dado cuenta también de que no podía resistirse a aquella bola peluda. Su mirada era tan tierna que era imposible no caer rendida a sus encantos, y en contra de todos sus principios higiénicos, se agachó para acariciarlo, mientras le ofrecía uno de los trozos de beicon que había cortado para rehogar las verduras. El can le agradeció el gesto con un lametón en la mano y ella rió.

Unos golpes en el dintel de la puerta mosquitera de la cocina, la sorprendieron haciendo que se incorporase rápidamente. Allí, en el umbral, había un hombre de mediana edad que se quitó la desgastada gorra de béisbol mientras le ofrecía una sonrisa torcida.

—Disculpe, señora. No quiero molestarla pero necesito usar su teléfono. El de mi caravana está averiado y...

Antes de que pudiese terminar la frase, Floki, a su lado, comenzó a gruñir y sacar los dientes, completamente erizado. El hombre dio un paso atrás con ambas manos en alto.

—Floki, tranquilo... —intentó calmarlo ella, que vio al tipo bastante asustado, pero el animal lejos de obedecerla se puso entre su cuerpo y la puerta y comenzó a ladrar de forma grave y contundente. La transformación

del animal fue descomunal. Ya no era su bola de pelo tierna y dulce, ahora era un verdadero asesino.

Incluso ella, que conocía al pastor alemán, sintió cómo se le erizaba la piel. Era temiblemente amenazador. Lo mismo debió pensar el hombre, que salió despavorido, desapareciendo de la puerta inmediatamente.

—¿Qué ocurre?

La pregunta llegó desde su espalda y Emma se giró para quedar petrificada con la visión. Shadow, tan solo cubierto con una toalla y completamente mojado, apareció ante ella portando una pistola.

Floki que había seguido ladrando, dejó de hacerlo inmediatamente y se sentó a su lado, demostrando su custodia.

—No... no sé lo que ha pasado. Un hombre ha venido pidiendo usar nuestro teléfono y Floki se ha puesto a ladrar...

—Un hombre, ¿qué hombre? —dijo él pasando por su lado. Colocó la mano que sostenía el arma a la espalda y se asomó a la puerta sin ningún tipo de pudor.

Emma contuvo el aliento al percibir el olor de su piel mezclado con el jabón. Era absolutamente abrumador.

—No veo a nadie.

—Ha salido corriendo, asustado.

—Buen trabajo —le dijo él al perro acariciando su cabeza—. ¿Habías visto a ese hombre antes?

—No sabría decirte. Solo ha dicho que su teléfono estaba averiado. No me ha parecido amenazador.

—A Floki sí. Y no puedes abrirle la puerta a nadie. Ya lo hemos hablado, princesa —le dijo acercándose a ella hasta que pudo perderse en la profundidad de su mirada oscura.

—¡No iba a hacerlo! —protestó, aunque su tono dubitativo careció de convicción incluso para ella.

La respiración se le aceleró al tiempo que el pulso, más afectada por su cercanía y la desnudez de su cuerpo que por su acusación velada de imprudencia. La mirada centelleante de Shadow se posó sobre su pecho agitado, al notar el cambio en su estado. Después la subió con parsimonia hasta posarse en sus labios. Intentó tragar saliva, pero no la encontró.

—¿Estás bien? —le preguntó entornando la mirada—. ¿Te ha asustado ese tipo? —volvió a interrogarla sin dejar de inspeccionarla.

Emma tan solo pudo negar con la cabeza, incapaz de moverse ante la atenta supervisión del hombre que acaparaba todo su espacio personal.

Un pequeño gruñido que no supo cómo interpretar salió de la garganta masculina, y Emma subió la mirada hasta fundirla con la suya. Shadow elevó

la palma de su mano y la posó en su mejilla. El contacto cálido de su piel fue electrizante, como si hubiese encendido todos los interruptores de su cuerpo. Sin saber qué hacía, presionó con la mejilla su mano, buscando un mayor contacto, y él la acarició con su pulgar. Después lo bajó hasta llegar a sus labios. Lo deslizó por la piel suave y expectante de su boca que se entreabrió exhalando el aire contenido en los pulmones de manera dolorosa. Cada célula de su cuerpo ansiaba que él la besase. Probar esa boca de labios llenos y exigentes. Cerró los ojos, siendo incapaz de sostenerle la mirada, y entonces él se separó de ella.

Cuando abrió los ojos súbitamente al sentir su abandono, tan solo pudo verlo marcharse de nuevo hacia el baño, soltando toda clase de improperios indescifrables y dejándola sola con su aturdimiento.

CAPÍTULO 15

«¡Maldita sea, Jay! ¿Qué estás haciendo?», se preguntó a sí mismo, mirándose en el espejo del baño nada más entrar. Se pasó una mano por el pelo mojado que le caía hasta los hombros y soltó el aire profusamente. La pelirroja le hacía sentir cosas... cosas que se había negado volver a sentir. No podía entenderlo. Ella, para comenzar, no era su tipo en absoluto. Siempre había tenido relaciones con mujeres más como él; desinhibidas, aventureras, relajadas. Recordó que Tammy, su mujer, era tan poco maniática y escrupulosa como él con la organización de la casa. Y, sin embargo, desde que Emma había entrado en su vida, no solo la había organizado alfabéticamente o por colores, sino que se veía a sí mismo cumpliendo sus normas por el simple hecho de ver la satisfacción reflejada en su rostro.

Aquello era una maldita locura. Solo era su protegida unos días. Owen era bueno, y estaba seguro de que pronto le daría noticias favorables sobre la evolución del caso y tendría que devolverle su custodia. Tenía que reconocer que, tras darse cuenta de su error al creerla una delincuente de poca monta, había decidido abrir el expediente que su amigo le había dado la noche de la entrega, y que guardaba en su caja fuerte, junto con sus armas. Había aprovechado uno de los momentos de ducha de Emma para memorizarlo palabra por palabra. Owen era concienzudo y en las horas en las que la tuvo

bajo custodia en la comisaría, había hecho una buena investigación. El expediente estaba lleno de datos, comentarios y anotaciones sobre las percepciones que había tenido de ella durante los interrogatorios. Su amigo había hecho un buen trabajo. Y tendría que haber podido asegurar que Emma no lo podría sorprender, pero no había sido así.

Durante los últimos cuatro días había podido apreciar decenas de matices en ella. Tenía tantos gestos que memorizarlos ya se había convertido en un gran entretenimiento, y su incapacidad para ocultar lo que pensaba o sentía era sencillamente encantadora. Se ruborizaba cada dos por tres y él encontraba muy divertido conseguir esa reacción en ella. Era tan sencillo... Algunas veces solo tenía que enfadarla, molestarla, o tocarla, como había hecho hacía unos minutos. Por desgracia, él también reaccionaba cuando esto último ocurría, y cada vez con más frecuencia tenía que resistirse a la tentación de hacerlo. Y si se dejaba llevar, como en el momento de debilidad que había sufrido, tenía que usar todo su autocontrol para alejarse nuevamente de ella.

Algo le decía que caer en la tentación de besarla iba a ser su perdición. Emma parecía tan dulce e inocente, pero a la vez tan apasionada y entregada, que estaba seguro de que besarla lo destrozaría por el torbellino de emociones que le podía provocar. Y si él había decidido abandonarlo todo y dejar su antigua vida había sido para huir de todo aquello que lo volviese a hacer

sentir así.

Merecía estar solo y que nadie, jamás, volviese a tocar su alma. Era su precio a pagar en la vida. Sus errores del pasado habían hecho mucho daño, y lo último que estaba dispuesto a hacer era cometer el mismo error con la mujer que lo aguardaba fuera.

Pero tenía que ser más frío. Al tocarla, ella se había mostrado vulnerable, dispuesta a sentir más allá de la caricia sobre su piel. La había visto contener el aliento y erizarse, como si despertase a su contacto. Entonces volvió a fijar la vista en las marcas de sus brazos; alargados moretones que encajaban con los dedos largos y fuertes que la apresaron la noche del atraco. No podía ser tan miserable de aprovecharse de una mujer que hacía tan solo cuatro días había pasado por la experiencia más traumática de su vida.

Se frotó la cara con ambas manos y gruñó su frustración. Se miró en el espejo y reconoció en su reflejo el dolor que lo acompañaba desde hacía más de un año. Eso era lo único que tenía él para ella, dolor.

—¿Shadow? —La voz de Emma lo sacudió como si le hubiesen dado una bofetada, devolviéndolo a realidad.

—Sí... —Sonó más grave de lo que pretendía.

—Solo quería avisarte de que la comida ya está lista.

Shadow apoyó la mano en la puerta de madera y aclaró la voz antes de hablar.

—En un minuto estaré fuera... Gracias —dijo finalmente de manera apresurada.

Emma no contestó. La oyó alejarse de la puerta y a Floki junto a ella.

Apoyó la frente en la madera y dejó escapar un gran suspiro. Que de ninguna manera aligeró su carga.

A la mañana siguiente, después de no haber podido conciliar ni una hora de sueño, Shadow entró en la cocina con mejor ánimo. El mecánico se acababa de ir y le habían dejado la furgoneta arreglada. Por lo que después del desayuno podrían marcharse y seguir con su camino. No había hecho nada que pudiera poner a la banda de traficantes tras su pista, pero no estaba tranquilo después de la visita, el día anterior, del hombre al que había asustado Floki. También quería dejar atrás la tensión entre Emma y él. Durante la cena de la noche pasada, ambos se habían mantenido en silencio, tan solo cruzando palabras para pasarse la sal o coincidir al coger la jarra de agua. Emma estaba seria y él no quería molestarla. Sabía que él era el único responsable de la situación actual. Convivir con ella en aquel bungalow había relajado las cosas tanto como para que compartiesen anécdotas de sus vidas. Él le había contado cosas sobre sus tiempos como policía y ella le había

hablado de su trabajo y sus amigos, Alanah y Cameron. El problema era que cuanto más sabía, más necesitaba saber. Tenía que volver al papel de guardaespaldas, exclusivamente, pero en cuanto la veía, todos sus propósitos se iban al traste.

La vio colocar una fuente de tortitas sobre la mesa y apartarse un mechón de cabello rubio de la frente. También echaba de menos su cabello rojo como el fuego. Viendo que volvía a enternecerse con ella, sacudió la cabeza, negando. Tenía que acabar con aquello o cualquier día se encontraría a sí mismo escribiéndole sonetos.

—Tiene todo una pinta estupenda —admiró Shadow al llegar a la pequeña mesa de la cocina.

Emma se había esmerado a pesar de que le dijese que no tenía que cocinar para él. Ella había argüido que cocinar le relajaba y que prefería hacerlo, aunque imaginaba que también quería evitar que él la atiborrara nuevamente de beicon y queso. Vio que había cuidado cada detalle: los platos, los vasos, los cubiertos y servilletas hacían juego, y estaban colocados perfectamente alineados. También había un par de flores en un vasito con agua en el centro. Y tanto las tortitas como la fruta para acompañarla estaban presentadas con esmero en una fuente ovalada. Sintióse un poco torpe ante tanta delicadeza se sentó a la mesa, al tiempo que ella tomaba la servilleta y se la colocaba sobre el regazo. Al quedar frente a ella, sus rodillas

se tocaron; la mesa no era suficientemente grande para albergar bajo ella sus largas piernas y las de Emma a la vez.

Se miraron, sonrieron, y durante unos segundos ninguno de los dos pudo pronunciarse.

—Está bien —dijo finalmente él apartándose un poco. Se agachó pasando las manos por debajo del tablero y la tomó de las rodillas. Emma abrió los ojos impresionada con el contacto y él consiguió su propósito de teñirle las mejillas—. Este será tu sitio —dijo con la voz ronca—. Y este el mío —añadió abriendo las piernas y conteniendo entre ambas las de ella.

Solo tenía que cerrarlas unos centímetros para sentir el roce de sus muslos y por estúpido que pudiera parecer, le resultó algo erótico. Se obligó a dejar de pensar en ella de aquella manera cuando la vio empezar a servirse el delicioso café que hacía cada mañana.

—¿Por qué no hay un señor Paxton en tu vida?

Si Emma se sorprendió ante su inesperada pregunta, no lo demostró. Solo se mordió los labios y terminó por sonreír.

—¿Quién te ha dicho que no lo hay? —preguntó con un gesto que se le antojó coqueto, lo que despertó una sonrisa también en él.

—Bajo mi cama tengo tu expediente. Como lectura de noche.

Inmediatamente Emma se preguntó qué habría en él. Pero sabía que

Shadow jamás le dejaría leerlo. Le molestó que él pensase que la podía conocer por lo que hubiesen escrito en unas hojas sobre ella.

—Pues estás muy equivocado, sí que hay un señor Paxton.

Shadow dejó el tenedor, ya a medio camino de su boca, sobre el plato, y se recostó en la silla, regalándole una mirada entornada.

—No te creo —le dijo cruzando los brazos sobre su fuerte pecho.

—Pues deberías. Yo nunca mentiría con una cosa así. Es más, te diré algo que no he confesado jamás...

Emma se inclinó hacia delante como si fuese a hacerle una gran confidencia. Y él hizo lo mismo para recibirla, aproximando el rostro al suyo.

—Hay dos. Y hay días en que los veo a ambos... a la vez.

Shadow se quedó muy quieto, como si contuviese la respiración.

—Mi padre y mi hermano Donnie. Ambos son señores Paxton. Llevan el apellido con orgullo —dijo ella echándose hacia atrás y metiendo una porción de tortita en su boca. Masticó sonriendo.

Shadow sintió que le quitaban una losa de encima del pecho. Aquella pequeña bruja estaba jugando con él. Se incorporó en la silla y presionó con sus rodillas los muslos de ella, solo por el placer de verla sonrojar. Y después la imitó comenzando a comer.

—En serio, ¿por qué no tienes novio, o te has casado? —volvió a

intentarlo. No le cabía en la cabeza que una mujer tan bonita como ella estuviese soltera, o al menos no tuviese pareja estable.

—No tengo mucho tiempo para salir. Mi trabajo se lleva gran parte de mi tiempo. Y mi familia también. Estoy muy unida a ellos.

Shadow asintió como si la entendiese y entonces fue ella la que preguntó.

—¿Tú tienes familia?

—Una tía. Mis padres murieron cuando yo tenía cinco años y me fui a vivir con ella a un camping de caravanas.

Emma intentó que no se le notase la sorpresa, pero por la forma en que él la miró supo que no lo había conseguido.

—Siento lo de tus padres. Eras muy pequeño.

—Lo era, apenas los recuerdo, salvo por las historias que me contaba mi tía cada noche sobre ellos.

—Y un camping de caravanas... Eso explica por qué te sientes tan cómodo con este estilo de vida.

Shadow sonrió.

—Durante casi toda mi vida fue lo único que conocí. Mi tía y yo no vivíamos en un camping como este. El nuestro era un poco... hippie, algo parecido a una comunidad. Todos nos ayudábamos y conocíamos. Mientras

fui niño no entendí por qué el resto de la gente prefería vivir en casas. Mi tía Shirley hacía que todo pareciera una aventura. Solo empecé a querer algo diferente cuando llegué a la pubertad.

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó Emma cada vez más fascinada con lo que le contaba sobre su vida.

—Me enamoré —dijo en tono solemne.

—De tu mujer —apuntó ella al ver su cambio de expresión.

Shadow suspiró sintiendo la presión en su pecho.

—Sí. Tammy era como un rayo de sol. La primera vez que la vi yo estaba con unos amigos. Su familia acababa de mudarse al camping. Eso ocurría con poca frecuencia y fuimos a «fichar» a la nueva. —Entrecomilló con los dedos, y casi una sonrisa se paseó por sus ojos—. Entre la media docena de chicos que nos presentamos allí, ella me sonrió a mí, y supe que me había enamorado.

Tras aquella revelación, Shadow se quedó en silencio unos segundos. Era la primera vez que se había sentido cómodo hablando de ella.

—Es... muy hermoso —dijo Emma bajando la mirada. Ella no había sentido nada así de fulminante en la vida. Ni siquiera una mirada la había turbado de esa manera hasta que... se cruzó con la de Shadow.

No queriendo que él leyese en su rostro su turbación, se levantó con la

excusa de llenar su vaso de agua. De espaldas a Shadow, soltó el aire en un suspiro y cerró los ojos, preguntándose qué demonios le pasaba. ¿Por qué su historia le afectaba? ¿Por qué le llegaba su dolor? ¿Y por qué se moría de ganas de tocarlo, de besarlo, de sentirlo? Era tan inapropiado e imposible...

En medio de aquel torbellino de emociones, fue sorprendida por la contundente presencia de Shadow a su espalda. Tan próximo a ella que pudo sentir el calor de su cuerpo en la espalda. La rodeó con sus brazos y aferró cada mano con las suyas, entrelazando sus dedos. Ella no se inmutó, no podía hacerlo. El corazón le latía a mil por hora y temía hacer algo que lo volviese a alejar de ella. Su tacto cálido y ligeramente áspero hizo que se marease de pura excitación.

—Emma... —pronunció su nombre por primera vez desde que se conocieron, acariciando con su aliento la piel de su cuello. Ella creyó desfallecer.

Y entonces escucharon un disparo.

CAPÍTULO 16

La bala impactó contra el cristal justo delante de ellos, lo atravesó y terminó rozando la mejilla de Shadow. Este reaccionó inmediatamente echándose sobre Emma. Ambos cayeron al suelo. El grito femenino se mezcló con silbido de dos balas más que chocaron contra el mobiliario. Su instinto de protección despertó al instante. Sacó su arma de la espalda, de la cinturilla de su pantalón. La mantenía oculta a diario para no atemorizarla. Pero estaba claro que era hora de usarla.

—Emma. Emma. —Tomó su rostro entre las manos para hacer que lo mirara. Necesitaba que dejase de temblar y obedeciese sus órdenes.

Ella asintió mirándolo y entonces su rostro cambió por completo.

—¡Estás herido! ¡Sangras!

Shadow se tocó la mejilla y vio sus dedos manchados de sangre.

—Solo es un rasguño. Por favor, Emma, concéntrate. Necesito que por una vez me hagas caso, ¿de acuerdo?

Emma asintió sin dejar de mirar la herida de su mejilla.

—Bien, ahora vamos a ir hasta detrás del sofá y después quiero que te encierres en el baño. Oigas lo que oigas, pase lo que pase, no puedes salir de allí. Floki cuidará de ti.

Emma asintió, y fue todo lo que él necesitó para ponerse en marcha. La rodeó con su brazo y, protegiéndola con su cuerpo, corrieron agachados hacia el baño.

—Cuida de ella —le dijo a Floki y cerró tras él justo en el momento en el que derribaban la puerta de la cocina-comedor.

Se deslizó detrás del sofá y respiró con profundidad. Había contado con mantener la acción en el exterior. No sabía cuántos hombres eran, pero lo averiguaría enseguida. Se incorporó sobre el respaldo del sofá y de dos certeros disparos acabó con dos de los cinco hombres que habían irrumpido en la sala. En cuanto supieron de su posición abrieron fuego sobre él. Bajando hasta el suelo, se mantuvo oculto. Desde su ubicación y por el lateral del sofá disparó a un tercero que se movía con intención de sorprenderlo por ese lado.

—¡Acabad con él, maldita sea! —oyó a un hombre que gritaba. Se asomó y vio a otros dos entrando por la puerta.

Eran cuatro, y todos armados. Le superaban en número y armamento. O hacía un movimiento más arriesgado o llegarían hasta él y después hasta Emma. Salió de su escondite pillando a los hombres desprevenidos, sin parar de disparar. Llegando hasta el primero, le disparó a bocajarro, lo tomó por el cuello y lo usó de escudo contra sus compañeros, que dispararon sobre él dejándolo como un colador. Había llegado el momento de la verdad y viendo

que uno de los tres que quedaban tenía la intención de dirigirse al baño, lo interceptó propinándole un puñetazo. Le arrebató el fusil de las manos y, usándolo como bate, golpeó en el pecho con la culata y después en el rostro al que venía a por él desde detrás. El tipo quedó sin sentido en el suelo. Dio una patada trasera e hizo caer al que había recibido el puñetazo. Volteó el fusil y disparó a otro de los tipos, y después a los dos que estaban en el suelo. El más cercano a la puerta aprovechó para salir corriendo y escapar.

Shadow fue hacia la puerta, las chicas de enfrente de la caravana gritaron al verlo apuntar con el fusil al tipo que corrió junto a ellas. Bajó el arma.

—¡Llamad a la policía! —les gritó. Y las vio correr al interior de la vivienda.

Tenía dos opciones: ir tras él y correr el riesgo de que alguien entrase a por Emma aprovechando la persecución, o volver con ella. No iba a ponerla en riesgo y gruñó frustrado, regresando al bungalow.

En el interior, la escena era dantesca. Seis cuerpos esparcidos por el suelo, sangre y agujeros de balas por todas partes. Tenían que salir de allí cuanto antes. Fue al baño y al abrir la puerta Emma soltó un grito ahogado.

—Soy yo, soy yo. Ya estoy aquí.

Antes de que pudiese decir una palabra más, ella saltó a sus brazos,

abrazándolo con fuerza. La apretó contra su cuerpo, sintiendo cada curva femenina acoplándose a él, perfectamente. Inhaló el aroma floral de su cabello y sintió calor en su pecho por primera vez en un año. El sentimiento fue tan abrumador que no fue capaz de asimilarlo. El suave sollozo de Emma lo despertó de su aturdimiento.

—Tenemos que irnos —le dijo apartándola suavemente de él. En cuanto no la tuvo en sus brazos el aire volvió a parecerle pesado.

Ella asintió y aunque intentó ocultarlo de su mirada, vio una lágrima resbalar por su mejilla, que lo partió en dos.

—Es mejor que no veas lo que hay ahí fuera.

Emma abrió mucho los ojos.

—¿Y mis cosas...?

—Compraremos más, pero tenemos que salir de aquí pitando, ¿está bien?

Emma asintió vigorosamente. Dejó que él la acomodase bajo su brazo y contra su pecho, y juntos, los tres, salieron de allí.

CAPÍTULO 17

—¿Qué tenemos, Fisher? —pregunto el sargento Blake Owen, acompañado de Adele, una de sus detectives, al llegar junto al cadáver.

El forense elevó el rostro, tapándose los ojos con la mano a modo de visera, y asintió para saludarlo.

—Varón, treinta y tantos. Aunque presenta múltiples contusiones en rostro y tórax, aparentemente la causa de su muerte es este disparo en la frente. Apostaría que de un 42. Pero habrá que esperar al informe de balística. En cuanto a su identidad, no lleva documentación acreditativa encima, por lo que hasta que pueda tomarle las huellas y hacerle la autopsia no puedo decirte nada más.

—Eso no va a ser necesario —dijo Blake tomando su teléfono móvil. Se agachó junto al cadáver y colocó la pantalla pegada a su rostro—. Es Simon Perlman, hijo. Llevamos buscándolo cuatro días.

—Sin duda es él —dijo el forense—. Ya lo has encontrado.

—Demasiado tarde. Es evidente que la banda lo hizo antes.

—¿Crees que estaba implicado en la desaparición de los diamantes que buscaban? —preguntó Adele.

—No lo sé, pero está claro que ellos creían que sí. La pregunta es, ¿consiguieron lo que querían antes de matarlo? —preguntó mirando alrededor. Lo habían dejado tirado en una zona de antiguas fábricas en desuso.

—Este sitio está abandonado, ¿quién lo ha encontrado? —preguntó la detective a uno de los policías encargados de acordonar la zona.

—Un tasador del banco. Al parecer van a reurbanizar toda esta zona. No imagino quién querría vivir en este vertedero.

—A saber. La gente es muy rara —dijo ella en respuesta.

—¿Sabemos aproximadamente el momento de la muerte? —volvió a preguntar Owen al forense.

—Por la lividez, calculo que... entre 48 y 72 horas. Como te digo, no podré ser más exacto hasta hacer la autopsia.

—Bien, pues ponte con él cuanto antes.

—Tengo más casos, sargento... —comenzó a protestar el forense.

—Cuanto antes. Este tiene prioridad absoluta. ¿Entendido?

La mirada glacial de Owen no dio lugar a réplica. Y el forense no tuvo más remedio que asentir, resoplando.

—Vamos a enterarnos de a qué se dedicaba Junior —ordenó a su compañera, comenzando a marcharse.

—Ese cuerpo es la única pista que hemos tenido desde el atraco — comentó Adele.

—Lo sé, y no me gusta. Son profesionales. Espero que Fisher pueda decirnos algo más. Ojalá hayan cometido algún error que nos ayude a dar con ellos, de lo contrario...

La frase quedó suspendida en el aire cuando comenzó a sonar su teléfono. Miró la pantalla con gesto apurado.

—¡Maldita sea! —farfulló y tomó la llamada con celeridad. Si Shadow lo estaba llamando, no podían ser buenas noticias.

—La operación está comprometida —oyó Emma que decía Shadow al que suponía que era el sargento Blake Owen.

Habían pasado las últimas cinco horas en la carretera dirección a Indiana. Horas de miradas silenciosas entre ellos, lentas y agónicas. Pero finalmente, cuando creyó que estaban a salvo, Shadow había aparcado en una zona aislada y llamado a su excompañero.

Emma advirtió la tensión en su mandíbula mientras pronunciaba las palabras. Le había pedido perdón nada más subir a la furgoneta, como si él fuese responsable de que los hubiesen encontrado, algo que le resultaba imposible de creer, ya que lo había visto tomar toda clase de medidas y

precauciones. También había estado aleccionándola sobre los peligros que ella no había querido creer que fueran reales. Una parte de sí se había convencido de que con la muerte de los cuatro hombres que habían atracado la joyería, ya estaba a salvo, y que toda aquella operación se trataba solo de una medida cautelar. Ahora se daba cuenta de cuánta razón tenían todos. No conseguía escuchar las respuestas del sargento por teléfono, pero el gesto cada vez más rígido de Shadow no aventuraba nada bueno.

—Owen, no puedes pedirme eso. ¿No me has oído? ¡No está segura conmigo! Acaban de intentar llevársela...

Otro silencio seguido de un golpe de Shadow en el volante, interrumpieron la frase. Después respiró con profundidad como si intentase recuperar el control.

—Eran siete hombres —continuó dando información, mirándola de reojo.

Él no había querido que viese los resultados de la pelea, pero ahora descubría que había matado a seis hombres por ella. Algo se le encogió en el estómago. Se había enfrentado a esos tipos... por ella.

—Uno ha conseguido escapar —continuó explicando—. Iban bien armados y entrenados. No dijeron ningún nombre. Y por la forma de entrar intuyo que la querían viva. De cualquier manera, te lo vuelvo a repetir, yo no puedo seguir protegiéndola.

Al escuchar esa frase Emma palideció, imaginando que le asignarían a otro guardaespaldas. Él quería deshacerse de ella y no lo iba a consentir. Con nadie se sentiría más a salvo que con él.

Sin pensarlo dos veces, le arrebató el teléfono de la mano y, apagándolo, lo lanzó a la parte trasera de la furgoneta. Pero no quedando satisfecha, se sentó sobre él a horcajadas. Shadow la observó tan sorprendido como turbado, pero no intentó apartarla cuando ella rodeó su cuello con los brazos, pegándose a él cuanto pudo. No sabía qué le estaba pasando, jamás había hecho algo parecido, pero una cosa tenía clara; no se iba a separar de él. Aquel hombre era cuanto deseaba en ese momento.

Posó la frente en la suya enredando los dedos en su cabello, e inmediatamente sintió la dureza de su entrepierna a través del pantalón de chándal, presionándole el sexo. Las grandes manos de Shadow se aferraron a su cintura para deslizarse por la redondez de su cadera y hacerse con su trasero. Emma exhaló un gemido agónico de placer, que él atrapó en su boca al devastarla con un beso cargado de necesidad, urgencia y deliciosa entrega.

CAPÍTULO 18

Jamás se había sentido tan enardecida, valiente y salvaje. Su cuerpo había tomado el control de sus sentidos y la voz de la conciencia que le había gritado toda su vida, ahora era ahogada por la mezcla de gemidos suyos y pequeños gruñidos de Shadow contra su boca. Percibir la lengua masculina invadiéndola, enredándose con la suya en un baile marcado por la necesidad de explorarse, fue lo más erótico que había vivido jamás. Y a pesar de sentir que todos sus sentidos iban a estallar, no quería conformarse, quería más, mucho más. Necesitaba recorrer cada centímetro de su gran y musculoso cuerpo con las manos, con la lengua...

Sorprendida con sus propios pensamientos sintió cómo le ardían las mejillas.

Shadow tomó el rostro de Emma entre las manos, buscando algún atisbo de duda. El primer beso entre ambos había sido memorable y la única mecha que había necesitado para encender a la fiera que había estado conteniendo durante esos días, en los que el deseo hacia ella había crecido al tiempo que la fascinación, había sido su boca. Sabía que después de probar sus labios, el sabor adictivo de su lengua, querría mucho más, y debía asegurarse de que la dulce Emma no fuese a arrepentirse más tarde. Él no era el tipo de canalla que se aprovechaba de una mujer en un momento de

debilidad. No soportaría hacerle daño.

Pero al enlazar la mirada con la de ella solo pudo ver reflejado el anhelo cargado del más puro deseo que reconocía en sí mismo. Con las mejillas encendidas, los ojos brillantes nublados por la turbación, y los labios encarnados por su devastadora embestida, estaba más bella de lo que la había visto en aquellos días. Toda ella irradiaba sensualidad y dulzura, y estaba perdido.

Antes de que pudiera tomar la decisión de detener aquel peligroso juego, ella lo besó borrando cualquier atisbo de duda. Solo tenía una cosa en mente; hacerla suya, solo suya.

Se levantó del asiento y, manteniéndola atada a su cintura, fue hasta la cama. Se sentó sobre el colchón, dejándola sobre él. Quería verla en todo momento, así, salvaje, entregada, desinhibida. Ella enredaba los dedos en su pelo y él acariciaba su espalda, para darse cuenta de que le sobraba toda la ropa que llevaba. Con celeridad y sin que sus labios se despegasen un segundo, la despojó de la chaqueta del chándal. Metió las manos bajo su camiseta y se deleitó con la extrema suavidad de su piel de seda. Con las yemas de los dedos fue memorizando cada centímetro, mientras subía la prenda hasta sacársela por la cabeza. La visión de sus pechos, llenos y erguidos frente a su rostro, le arrancó un gruñido de necesidad. Lo enterró entre ellos, aspirando el aroma cálido de su piel. Comenzó a besarlos

lentamente, deleitándose y alimentando la intensidad de la expedición de sus labios y lengua a medida que los jadeos de Emma se hacían más seguidos, alimentando su excitación. Sin apartar los labios de su piel, le bajó las tiras del sujetador hasta liberar sus pechos de la prisión de la tela. Sin piedad, rodeó el primero con su mano e introdujo el pezón color canela en su boca, para lamerlo y succionarlo con placer.

La reacción de Emma fue de absoluta entrega. Se arqueó ofreciéndose a él y comenzó a frotar su sexo contra su dura erección, haciéndole perder la poca cordura que le quedaba.

—Emma... —gruñó contra su piel.

—Hazme tuya, Shadow —le rogó con un gemido quedo.

—Jay... Llámame Jay —le pidió él.

Emma tomó su rostro con las manos, acariciándolo con dulzura. Enlazó la mirada con la suya, oscura, imponente, turbadoramente sexy y sonrió.

—Jay, penétrame —le ordenó—, ahora.

Él se levantó para depositarla en la cama y con rapidez la despojó de las prendas que le impedían cumplir sus órdenes.

—No te tenía por una mujer impaciente...

—Soy una caja de sorpresas —aseguró ella con una mirada coqueta que despertó su risa.

La risa quedó ahogada en su garganta cuando la vio ser ella la que tomaba el mando y comenzaba a desabrochar los botones de su pantalón vaquero, casi arrancándolos por la urgencia. Sus pequeñas manos se movían sobre el pantalón sin dilación y cuando lo tuvo abierto, las introdujo para, recorriendo la redondez de sus glúteos, bajárselos. Sus ojos brillaron con codicia, y antes de que pudiese impedirselo, ella se aferró a su miembro y lamió su glande henchido, como si fuese un codiciado caramelo. Cerró los ojos y gimió al introducirselo en la boca para sentirlo palpitar sobre su lengua, que lo recorría con goce.

Shadow quedó fascinado con la visión de aquella preciosa mujer poseyéndolo con deleite. Ni en los más salvajes sueños que había tenido con ella esos días la había imaginado así. Y no pudo resistirlo más, antes de perder el control por completo, la apartó con suavidad. Emma no tardó en protestar.

—Lo siento princesa, pero es mi turno —le dijo arrodillándose ante ella.

Emma pegó un pequeño gritito cuando él le levantó las piernas y se las colocó sobre sus fuertes hombros, después embistió su sexo para devastarlo con su lengua. Mientras él jugaba con cada uno de sus pliegues henchidos, y deslizaba su lengua con presteza sobre su clítoris a punto de estallar, Emma elevó los brazos y se aferró a las sabanas, temiendo caer a un abismo. Las

oleadas de agónico placer la poseyeron, despertando cada célula de su cuerpo. Cada recóndito lugar de su ser fue sacudido por el placer. Le costaba respirar y creía haber perdido hasta el último resquicio de cordura cuando él se incorporó con una sonrisa socarrona en los labios, absolutamente arrebatadora. Quiso devolverle el gesto cuando se colocó sobre ella. Contuvo el aliento al sentirlo adentrándose en su sexo latente y expectante, tan lentamente que pareció una tortura. Ella jadeó con delirio y él atrapó su aliento con su boca. Mientras depositaba pequeños besos sobre sus labios, la llenó por completo de él. En el momento en el que sus cuerpos se fundieron, se sintieron colmados por algo mucho mayor que aquel deseo devastador que los consumía.

Abrumados por la sensación, ambos comenzaron a moverse sin dejar de perderse el uno en los ojos del otro. Emma se aferró a sus hombros y él aumentó la velocidad de sus embestidas, conteniendo el placer demoledor hasta ver que ella se rendía a un nuevo orgasmo que la hizo arquearse contra él. Solo entonces se derramó en su interior, sintiendo por primera vez, desde hacía mucho, una conexión que le detuvo el corazón.

Alanah y Cameron entraron por primera vez en la guarida de Nemo, el novio de Gus, que también era hacker. Su amiga les había dicho que éste la llamaba «la pecera», y ahora entendían por qué. El espacio no se parecía en

nada a la cueva de Gus, pintada de gris asfalto y con la apariencia real de una caverna oscura y tenebrosa. En contraste, el centro de trabajo de su novio tenía las paredes llenas de color, proveniente de grafitis de los mejores artistas callejeros de Nueva York, y todos ellos sobre paredes del blanco más brillante. El espacio era amplio y en él no solo trabajaba Nemo. Había varias mesas ocupadas por jóvenes de variada indumentaria, tecleando sin descanso y absortos en sus pantallas.

—¡Bienvenidos a mi pecera! —los saludó el hacker, un atractivo chico de ojos rasgados y enorme sonrisa.

Cameron lo conocía desde hacía más tiempo, habían colaborado cuando este era agente federal, pero Alanah tan solo había tratado con él en una ocasión, el día de su boda. Lo había invitado con la intención de presentárselo a Gus, sabiendo que harían migas. Y así había sido, pues el amor entre los dos no tardó en surgir.

Pero aquella no era una visita ociosa. Había llegado hasta sus oídos que el hijo de Simon Perlman había aparecido muerto, y por supuesto no había sido la Unidad de inteligencia la que había compartido dicha información con ellos. Por eso, sabiendo que Nemo tenía mayor acceso que Gus a archivos policiales, habían decidido visitarlo para saber la verdad.

—Gracias por recibirnos tan rápidamente —dijo Cameron a su amigo, dándole un abrazo.

—No es nada. Ya sabes que estoy disponible para lo que os pueda ayudar —contestó él.

Alanah avanzó un par de pasos más para saludar al hacker cuando una alarma estridente comenzó a sonar en la sala.

—¿Qué demonios es eso? —gritó para hacerse oír por encima del estruendo.

Nemo la observó entornando la mirada.

—Mucho me temo que eres tú —aseguró acercándose a ella.

Alanah vio perpleja cómo introducía las manos en sus bolsillos, cacheándola, y unos segundos después, sacaba de uno de ellos un pequeño dispositivo negro.

—¿Qué es eso? —Sus ojos se agrandaron desmesuradamente.

Nemo posó un dedo sobre sus labios ordenándole callar. Con un gesto mandó detener la alarma y comenzó a caminar hacia su mesa. Allí guardó el dispositivo en una extraña caja metálica.

—Es un micro. Te han estado haciendo una escucha.

—Pero, ¿cómo...cuándo... quién? —preguntó Cameron completamente atónito a la vez que furioso.

Alanah, que se había quedado paralizada, intentó recordar cualquier momento en el que le hubiesen podido poner un micro a ella. No era muy

dada al contacto salvo con su marido y la familia Paxton, y sabía que ninguno de ellos le haría algo así, por lo que no le resultó complicado recordar cuándo había sido.

—A la entrada de la comisaría, el día después del atraco. Un hombre chocó conmigo en la escalinata. Sabían quienes éramos y nos estaban esperando. No me di cuenta... ¡Mierda! ¡Emma está en peligro!

CAPÍTULO 19

—¿Estás despierta? —le dijo Shadow, pegado a su espalda, susurrándole al oído.

Emma no se movió, solo contuvo el aliento.

—Sé que lo estás —repitió acariciándole la espalda con la yema de los dedos.

Inmediatamente, su piel se erizó en respuesta.

—Tu respiración ha cambiado hace diez minutos.

—¿Llevas diez minutos observándome? —preguntó ella finalmente dándose la vuelta.

—Llevo dos horas haciéndolo. Haces unos gestos muy graciosos cuando duermes, también cuando estas despierta. Pero cuando duermes estás tan expuesta, tan relajada...

—¡Oh! ¡Dios mío, qué vergüenza! —dijo completamente azorada ocultando el rostro en su gran pecho. Él aroma de la piel masculina la encendió de nuevo.

Él tomó su rostro con las manos y le apartó un mechón de la mejilla, con tanta ternura que a Emma le resultó imposible creer que alguna vez lo

hubiese visto como un cavernícola.

—Echo de menos tu cabello rojo —confesó como ausente, mientras jugueteaba con uno de sus mechones.

—Tú me obligaste a teñirme, ¿recuerdas?

—Lo sé. Era lo que había que hacer. Pero me gusta más tu pelo natural.

Emma sonrió como una boba, hasta que recordó que tenía que hablar con él de un tema.

Él fue a besarla y aunque aquella deliciosa y exigente boca era todo cuanto deseaba, lo detuvo poniendo un dedo sobre sus labios.

—¿Qué pasa, princesa? —preguntó frunciendo sus espesas cejas.

—Necesito hablar contigo de algo, y si me besas ya no recordaré ni cómo me llamo.

En los labios de él se dibujó una sonrisa socarrona que hizo que le aleteara el corazón y su sexo empezase a reclamar atención. ¿Cómo podía ser tan sexy una sola sonrisa?, se preguntó cerrando los ojos para evitar que él le robara la cordura.

—Está bien. Parece serio. Seré bueno hasta que termines de hablar — aseguró y para dar más valor a sus palabras levantó ambos brazos y los colocó bajo su cabeza, tumbándose boca arriba.

A Emma no le gustó que dejase de tocarla, pero sin duda era la mejor

forma de conseguir mantener una conversación. En seis horas habían hecho el amor tres veces, y teniendo en cuenta que las últimas dos horas ella las había pasado durmiendo, el peligro de volver a perder la razón y entregarse a la pasión era muy real.

—Vamos, princesa, dispara —la instó a hablar, cuando la vio tomar aliento para inhalar valentía. No sabía cómo reaccionaría a su petición.

—No quiero tener otro guardaespaldas —dijo a bocajarro—. Te he oído decirle al sargento que no podías protegerme, pero eso no es verdad. No sé cómo han dado con nosotros, pero lo que sí sé es que no es culpa tuya. Y estoy segura de que, de haber estado con cualquier otro agente, no habría salido viva del bungalow.

Él elevó una mano con la intención de tocarle la mejilla, pero ella apartó su mano.

—¡No! Lo digo en serio. No confío en nadie más, y si... si te empeñas en dejarme en manos de otro, te juro que me escaparé, ¿lo entiendes? Escaparé de quien sea y...

Antes de que pudiese terminar su enérgico discurso él se incorporó y la atrapó entre sus brazos y con su boca. Presionó los labios con fuerza sobre los suyos para hacerla callar. La elevó hasta sentarla sobre él y la abrazó con fuerza mientras devoraba su boca, no dándole un respiro. Emma gimió, sintiendo cada célula de su cuerpo enardecida. Jamás había conocido a un

hombre tan primitivo, sexy y abrumador. Le volvía loca todo de él, pero tenía que recuperar el control de la conversación.

—Por favor... esto... es... importante —consiguió pronunciar las palabras entre besos.

—Lo sé —aceptó él separando sus rostros lo justo para poder responderle—, y no sé si tienes razón. Tanto si alguna de mis acciones te ha puesto en peligro como si no, soy el responsable de tu seguridad. Y han estado a punto de...

Esta vez fue ella la que cubrió su boca con sus labios, impidiendo que siguiera. Él gruñó nuevamente encendido por el deseo, pero volvió a apartarse.

—Solo quería decirte que no voy a dejarte. Ya no podría... —acarició su mejilla mientras recorría su rostro deleitándose en sus facciones dulces—. He cometido el mayor de los errores en el que puede caer un agente de protección; relacionarse con una protegida...

Emma contuvo el aliento al escuchar sus palabras.

—No es profesional —continuó, y en su gesto no pudo adivinar si eran palabras de arrepentimiento—, pero no pude resistirme. Desde que te vi aquí, poniéndome en mi sitio, diciéndome lo que pensabas de mí sin dejarte amedrentar, supe que eras un peligro para mí. Que si te probaba, te

convertirías en adictiva.

Su abierta declaración la dejó sin palabras. Lo que él sentía se parecía mucho a lo que sentía ella. ¿Y adónde los llevaban esos sentimientos? Sus vidas y caminos eran tan distintos... El pensamiento quedó bloqueado en su cerebro al sentir un nuevo beso de sus labios, dejando patente su deseo.

—¿Y ahora? —le preguntó casi sin aliento.

—Ahora no puedo dejar en manos de otro agente tu seguridad. Necesito cerciorarme de que estás a salvo. No soportaría que te hicieran daño a ti también.

Aquella última declaración fue acompañada de dolor y oscuridad. Y Emma sintió la necesidad imperiosa de borrar ambos. Pasó los brazos sobre sus hombros y se pegó a su cuerpo, depositando besos por su rostro duro, de facciones masculinas y angulosas. Él respiró con profundidad, deleitándose con la caricia de sus labios, de la impronta cálida de su aliento y la estrechó con fuerza disfrutando de la nueva sensación de regocijo.

CAPÍTULO 20

En mitad de la noche Emma se revolvió en la cama para descubrir que estaba sola. Extrañada, se incorporó con rapidez y escudriñó el interior de la furgoneta en la más absoluta oscuridad. El brillo de los ojos de Floki la asustó por un momento, pero entonces este fue hasta ella buscando una caricia.

—¿Dónde está tu compañero? —le preguntó al animal, más para ella que para él. Pero para su sorpresa, Floki se separó de ella y se dirigió a la puerta.

Extrañada por el hecho de que Shadow la pudiese haber dejado sola en mitad de la noche, se levantó de la cama. Se puso unas braguitas, la enorme camiseta que usaba para dormir y las zapatillas de deporte, y con mucho sigilo abrió la puerta deslizante del vehículo. En el exterior la oscuridad también lo inundaba todo. Estaban en medio de una zona boscosa y el único sonido que escuchó fue el de las ramas de los árboles mecidas por el viento.

En las horas que llevaban estacionados allí, había salido unas cuantas veces para utilizar la naturaleza como baño, por lo que conocía el entorno, pero caminar entre los árboles en plena noche, era algo muy distinto. La última vez que se metió en una situación aparentemente siniestra, intentaron matarla, y un escalofrío recorrió su espalda. Solo al sentir la presencia de Floki, acariciando su pierna con su largo pelaje, se sintió con ánimo de

inspeccionar los alrededores de la furgoneta para buscar a Shadow. Había caminado unos pocos metros cuando una voz llegó hasta ella. Se pegó al Floki y caminó despacio hasta la voz que enseguida pudo reconocer. Estaba a punto de llamar a Shadow cuando el tono furioso de su voz la hizo detenerse.

—¿Te has vuelto loco? Ni lo sueñes. ¡No lo va a hacer! —sentenció Shadow conteniendo a duras penas su cólera.

—No te entiendo. Hace unas horas querías dejar la protección de la señorita Paxton, y ahora, ¿hablas por ella? ¿Qué está pasando, Shadow? —oyó que le preguntaba su ex compañero.

—Lo que está pasando es que no voy a consentir que uses a Emma como señuelo —dijo entre dientes—. Ya ha sufrido bastante. No la vas a exponer a esos asesinos porque no seas capaz de atraparlos. La matarán...

El tono, primero furioso y después angustioso de Shadow, lo dejó helado. Owen conocía bien al hombre con el que hablaba. Habían sido compañeros siete años. Y fue él el que lo encontró con un disparo en la cabeza el día que un delincuente al que ambos habían detenido decidió entrar en su casa, junto a sus secuaces, para eliminarlos a él y a su mujer. No era la primera vez que lo había visto entre la vida y la muerte, pero sin duda aquel fue el peor momento sufrido por su compañero. Hasta entonces había sido el hombre más frío, con los nervios más templados, eficiente y entregado con el que había trabajado. Era de los que llevaban el cumplimiento de las normas al

extremo, y que pareciese tan afectado con la señorita Paxton le hacía sospechar que, por primera vez, las había roto.

Owen resopló antes de volver a hablar.

—Shadow, hemos encontrado los diamantes en el intestino del hijo del joyero. Está claro que fue él el que los robó. Por lo que hemos podido averiguar, el viejo movía diamantes de sangre para la banda. Pero su hijo debía bastante pasta a causa del juego y, al ver los diamantes, decidió robar a su padre para vender las piedras y saldar sus deudas. El señor Perlman debía sospechar que así era y por eso no dijo nada a los miembros de la banda.

—Tienes los diamantes, genial. Hazlo público y ella estará a salvo — dijo volviendo a respirar.

—No, genial no. Si hago eso, desaparecerán. No conseguimos dar con la banda y, hasta que eso pase, seguirán teniendo esclavos, continuarán muriendo chicos y chicas que hacen de mulas de las piedras. Y cada vez que algo no salga como desean, volverán a dejar un reguero de muertos. Para impedirlo solo tenemos los malditos diamantes y a la señorita Paxton.

—No, a ella no la tienes. Te lo acabo de decir, no se convertirá en cebo para que pilles a esos traficantes. Encuentra otra forma.

—Esto no es decisión tuya, Shadow. Tengo que hablar con ella. Tienes que traerla de vuelta, ya.

El tono de Owen no permitía replica, le acababa de dar una orden, y colgó la llamada sin querer escuchar una palabra más. Gruñó su frustración y lanzó el teléfono tan lejos como pudo. Elevó las manos hasta su cabeza, y enlazándolas tras ella, respiró con profundidad.

—Jay... —La voz de Emma llegó desde su espalda. Contuvo el aliento e intentó relajar su gesto antes de darse la vuelta. Pero antes de poder hacerlo, sintió sus manos posándose en su espalda. La recorrió bajando con ambas y rodeó su cintura, abrazándolo desde atrás. Sentía su mejilla apoyada en él y rodeó sus brazos sobre su vientre.

—¿Te he despertado? —Procuró que la furia no asomase a su voz, aunque tenía ganas de gritar y asesinar a alguien.

—Lo ha hecho que no estuvieras en la cama.

Sintió sus manos frías y se giró para colocarla bajo su brazo, pegándola a su costado. Vio que tan solo llevaba la enorme camiseta que le había comprado el primer día, y le pareció la mujer más sexy del mundo.

—Vamos, vas a coger frío y... tenemos que hablar —dijo en tono solemne.

Emma lo miró desde abajo, sus mandíbulas parecían de piedra, y su mirada había vuelto a adquirir ese matiz peligroso y oscuro que no presagiaba nada bueno. Su corazón se saltó un latido, temiendo lo peor.

CAPÍTULO 21

Shadow apagó el motor de la furgó en el callejón indicado y, durante un segundo, se quedó mirando la puerta lateral de la entrada del restaurante chino en el que habían quedado. Sentía que llevaba a Emma al matadero y solo tenía ganas de raptarla y llevársela de allí, pero cuando habló con ella y le contó la conversación que había mantenido con Owen lo había sorprendido diciéndole que estaba dispuesta a escuchar su propuesta. Como bien le había dicho su excompañero, él no tenía ningún derecho a decidir por ella, y aunque había intentado hacerle entender que no estaba obligada a nada, no la había hecho cambiar de opinión.

Los dos días de viaje de vuelta habían sido un ir y venir de sensaciones contradictorias. No se habían separado un minuto. Durante el día viajaban, charlaban sobre sus vidas y sus gustos mientras que las noches las dedicaban a recorrer sus cuerpos, dándose placer hasta la extenuación. Pero cuando ella no lo veía porque estaba pasando el rato haciendo sus sudokus, leyendo la novela que le había comprado, o echando una cabezada sentada en la cabina, él se dedicaba a observarla, a preguntarse qué había hecho aquella pequeña mujer para adentrarse en sus venas como un veneno. No podía pasar más de unas pocas horas sin tocarla y siempre que ella no lo mirase de esa forma tan

suya, como si le tocara el alma. Había ocasiones en las que resultaba hasta doloroso que así fuera. Él no tenía nada que ofrecerle, ¿qué estaba haciendo?

Necesitando sentirla una vez más, tomó su mano y se la llevó a los labios. Emma enlazó la mirada con la suya. Se la veía nerviosa. Era tan evidente para él... Las comisuras de sus labios estaban más tensas y respiraba de forma ligeramente acelerada.

—No tienes que...

Lo interrumpió acercándose a él y lo acalló con un beso.

—Solo voy a escuchar lo que me tiene que decir —dijo cuando sus labios se separaron, casi sin aliento.

La caricia de sus labios por poco lo hizo olvidar para qué iban allí, hasta que unos golpes en el cristal de su lado los interrumpieron. Adele, una antigua compañera de la unidad los miraba, sorprendida. Abrió la puerta con celeridad.

—Adele...

—Shadow...

Se dijeron a modo de saludo.

—Ya veo que has cuidado concienzudamente del paquete —le dijo en tono bajo mientras Emma salía del vehículo y lo rodeaba para acercarse a ellos.

Su mirada ceñuda fue cuanto necesitó para borrar la sonrisa ladina de Adele, aunque esta volvió rápidamente a sus labios cuando Emma, ya junto a él, entrelazó los dedos con los suyos, en un gesto que entre ambos se había convertido en algo habitual. Obviando a su excompañera de unidad, pasó por su lado después de que Emma la saludara y fueron hacia la puerta. En cuanto esta se abrió, ambos quedaron sorprendidos.

Emma miró con curiosidad el sitio en el que se iba a celebrar la reunión con el sargento Owen. Habían acordado que no lo harían en la comisaría, pero lo último que imaginaban al entrar en la puerta trasera de aquel anticuado restaurante chino era tanta luz y color. Sin darse cuenta, presionó la mano de Shadow y este la reconfortó acariciando su dorso con el pulgar. El contacto apenas duró un segundo, lo que tardó en escuchar el grito de Alanah, que se dirigía corriendo hacia ella.

Emma soltó a Shadow para fundirse con su amiga en un inmenso abrazo. Cameron, que seguía a su esposa, las recogió a ambas en sus brazos.

—¡Maldita sea, no puedes imaginarte lo preocupados que hemos estado por ti! —le dijo esta, junto al oído, apretándola tan fuerte que creyó que había perdido la capacidad de respirar.

—Yo también os he echado de menos. Me preguntaba en qué líos te estarías metiendo sin mí. —Alanah le hizo una mueca burlona, y a su vez Emma se fijó en las grandes ojeras que lucían los ojos de su amiga—. ¡Vaya,

tienes una pinta horrible!

—Dijo la chica vestida con un chándal rosa... —le devolvió el cumplido Alanah.

—Lo sé. No estoy en mi momento más glamuroso. —Ambas se miraron con cariño y comenzaron a reír—. ¿Cómo están mis padres? ¿Y mis hermanos?

La sonrisa de Alanah menguó ligeramente, intentando disimular.

—Están bien. He mantenido ocupada a tu madre, ayudándome en la agencia. En realidad, se ofreció ella alegando que necesitaba mantenerse ocupada. Y tu padre está cuidando del jardín. Les conté la verdad, pero obviando las partes sangrientas. Aun así, están preocupados. Todos lo hemos estado. No sabíamos dónde estabas ni con quién... —Aquel fue el momento en el que Alanah, mirando por encima del hombro de su amiga, se fijó en el tipo enorme que la había acompañado. Su aspecto era muy atractivo a la par que amenazador. Cayó en la cuenta entonces de que ambos habían entrado en la pecera de Nemo cogidos de la mano, y entornó la mirada.

—Cameron, Alanah, este es Shadow. Mi... —se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo describir la relación que tenía con él.

—Su cavernícola —terminó él por ella, ofreciendo sendos saludos a ambos, con un gesto que dejó asomar su radiante sonrisa.

Emma sintió que se ponía como un tomate de roja y decidió desviar la atención.

—Y este es Floki —dijo presentando al can mientras se agachaba a su altura para rodearlo con los brazos—, el nuevo amor de mi vida.

Alanah la miró estupefacta al ver que dejaba que el perro le lamiera la cara. Sin esperar un minuto, la hizo levantarse, la tomó por los hombros y clavó su mirada inquisitiva en ella.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? —Estaba escudriñando su mirada, más brillante y relajada de lo que la había visto jamás, completamente alucinada, cuando fueron interrumpidas.

—Siento tener que interrumpir este fantástico momento, pero hay temas más importantes que tratar —indicó Owen atajando.

Alanah resopló mientras lo seguían. Y tomando el brazo de Emma le susurró:

—Este tipo es un auténtico coñazo.

Emma sonrió, al igual que Shadow, que las escoltaba a poca distancia. En los dos minutos que había visto a la amiga de Emma ya se había dado cuenta de que era una pieza, y le caía bien. Emma le había hablado muchísimo sobre ella, y ahora se daba cuenta de que ambas eran el complemento perfecto. Él había tenido una relación parecida con Owen

durante años, pero presagiaba que esta estaba a punto de finalizar, al intentar su amigo poner en peligro a Emma.

Owen los guió hasta la sala de juntas que Nemo tenía en sus instalaciones. Allí les esperaban no solamente el hacker, sino Gus, su novia.

—Me alegro mucho de verte de vuelta —le dijo Gus a Emma nada más verla entrar.

—Gracias, Gus. Y yo de volver.

Antes de que todos pudiesen tomar asiento, Shadow intervino.

—Y ahora que estamos todos aquí, ¿puedes decirle a Emma que pasó con los diamantes y la muerte de los atracadores y los hombres que nos asaltaron en el bungalow? ¿Puedes cerrar el caso?

Owen apretó los dientes. Estaba claro que Shadow seguía sin colaborar.

—¿Es eso cierto? —preguntó Alanah—. ¿Para qué era necesaria entonces esta reunión? Emma puede volver a casa.

Esta vez, el sargento exhaló un gran suspiro de impaciencia.

—Shadow tiene razón, podríamos cerrar el caso... —Las chicas respiraron con alivio—. Pero... también podríamos continuar y atrapar a la banda —continuó, haciendo que estas lo miraran con perplejidad.

—No lo entiendo... ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Quiere que Emma actúe como su cebo para pillar a los traficantes —

escupió Shadow las palabras.

—¡De ninguna de las maneras! —bramó Alanah levantándose de la silla y apoyando ambas manos sobre la mesa.

Emma miró a Shadow y después a su amiga, ambos habían tomado la postura de protegerla por encima de todo y casi pudo imaginarlos chocando los puños. Ella no quería ponerse en riesgo. No quería morir ni poner en peligro a nadie, pero algo le decía que debía escuchar al sargento.

—¿Qué es exactamente lo que quiere de mí? —le preguntó a Owen mirándolo directamente, e intentando mostrar una seguridad que no sentía.

—Antes de nada, debo aclarar que llevamos mucho tiempo detrás de esta banda. Trafican con diamantes de sangre y cada pocas semanas, mujeres y niños provenientes de la República Centroafricana, Namibia y Sudáfrica, son apresados o aparecen muertos después de que les hayan extraído del estómago las piedras. —Emma se llevó una mano a la boca para contener un gemido de horror—. Son esclavos que pertenecen a las guerrillas rebeldes en esos países, y los explotan de formas que es mejor no imaginar.

Emma tragó saliva antes de hablar.

—¿Y qué crees que puedo hacer yo? —preguntó sintiendo las miradas de Shadow, Cameron y Alanah, clavadas en ella.

—Como bien ha dicho Shadow, podríamos cerrar el caso ya. Tratarlo

como un atraco más, y punto. Pero de ser así, dudo que jamás consiguiéramos dar con los miembros de la banda. Los que traen a esos chicos a este país y los asesinan para recuperar su mercancía. El señor Perlman no era inocente, trabajaba para ellos moviendo y blanqueando los diamantes, y su hijo era un jugador y un ladrón, pero esos niños...

—Lo entiendo. Ellos son inocentes.

—Tú también lo eres —le dijo Shadow con gesto pétreo, mientras tomaba su mano. El gesto no pasó desapercibido para ninguno de los presentes—. No eres policía. Solo estabas en mal sitio en el peor momento. ¡No puedes cargarla a ella con la responsabilidad de acabar con la banda! —terminó diciendo, esta vez para Owen.

—Lo sé. La responsabilidad es solo nuestra. Pero no podemos hacerlo sin ayuda.

—¿Y por qué cree que yo podría ayudar? No soy nadie, jamás he visto esos diamantes.

Owen sacó una bolsa de pruebas del bolsillo de su cazadora y la tiró sobre la mesa. En ella se podían apreciar siete diamantes. Todos los allí presentes los miraron atónitos.

—Eso ellos no lo saben. Mataron al hijo del joyero sin poder adivinar que este se los había tragado y dejaron su cadáver abandonado en un lugar

apartado. Descubrimos los diamantes al hacerle la autopsia. Y mientras, la banda fue a por ti. Solo hay un motivo para hacerlo: creen que los tienes tú.

—¿Y seguirán persiguiéndome por ese motivo?

—Exactamente —dijo Owen en tono pétreo.

—¡No! Si haces público que los habéis encontrado, ella estará a salvo —volvió a intervenir Shadow.

—Eso no lo sabemos. Quizás crean que era cómplice de junior, o del joyero...

—Eso es hilar muy fino, ¿no crees? —repuso Shadow sosteniendo la mirada glacial de su excompañero.

—Hay que pensar en todas las posibilidades. Y lo más importante es la seguridad de la señorita Paxton.

—Su seguridad es cosa mía.

El cruce de miradas parecía ya la antesala de una lucha de titanes.

—¡Basta! —dijo Emma que no quería convertirse en el centro de aquella discusión.

Se giró en la silla para centrar su atención exclusivamente en Shadow. Miró sus manos unidas y dedos entrelazados.

—¿Podrías seguir viviendo tu vida sabiendo que estuvo en tu mano atrapar y evitar que esos monstruos siguiesen haciendo daño a niños?

Shadow contuvo el aliento. La observó con una mezcla de sentimientos nublando su mirada. Quería zarandearla, gritarle que no lo hiciera, echársela al hombro como había hecho en la gasolinera y salir con ella pitando de allí. Pero al mismo tiempo quería besarla, abrazarla, demostrarle lo orgulloso que le hacía saber que era tan valiente como para poner en riesgo su vida y salvar la de otras personas a las que no conocía. Sin embargo, solo pudo decir una cosa.

—Solo consentiré esto si se me permite participar en la operación.

Emma miró a Owen buscando su aceptación.

—Está bien —aceptó de forma escueta.

—Nosotros también participamos —se apresuró a decir Cameron por su mujer y por él.

—No podéis, sois civiles...

—Sargento Owen, ¿quiere esa operación, o no? —le preguntó Emma mostrando su mirada más decidida. Tras largos segundos, él terminó por resoplar, aceptando—. Bien, pues necesitamos un plan —dijo tan asustada como emocionada por contar con esas personas que tanto la querían.

CAPÍTULO 22

—Siento mucho que dieran contigo por mi culpa —se disculpó de nuevo Alanah con Emma, mientras la veía terminar de vestirse para la acción.

—No digas tonterías, no podías saber que te estarían esperando para ponerte un micro en la puerta de la comisaría —contestó poniéndose los zapatos.

Para hacer su papel, la unidad había decidido vestirla con un elegante vestido negro, y maquillarla como si fuera una *femme fatale*, algo que no le pegaba en absoluto y la hacía sentir muy incómoda.

—Además, si no te hubiesen puesto ese micro, no habríamos tenido forma de preparar la encerrona. ¿Crees que habrán oído el mensaje?

—Seguro que sí. Cameron y yo hemos estado hablando una hora sobre tu regreso y dijimos que pasarías por la oficina para recoger algo.

—Bien —dijo suspirando y se colocó el cabello recién ondulado a un lado, después se repasó en el espejo.

—Casi me cuesta reconocerte...

—Lo sé. Esta ropa, el pelo rubio, el maquillaje...

—Sí, todo eso es... —Alanah empezó a hacer aspavientos con las manos, mientras abría los ojos desorbitadamente— muy chocante. Pero no

me refiero a tu físico únicamente. Estás muy cambiada... —Emma le brindó media sonrisa, simulando que no sabía a qué se refería—. ¿Ves? Es tu forma de mirar, hasta de moverte. Estás a punto de enfrentarte a una banda de traficantes y pareces más templada de lo habitual, incluso más feliz. Y me parece que el culpable del cambio no es otro que ese gigantón con el que has estado.

La sonrisa de Emma se ensanchó de forma instantánea. Solo de pensar en Shadow se le aceleraba el corazón. No podía creer lo que había surgido entre ambos en tan pocos días, ella no era así. No se dejaba llevar. Era más práctica. Calculaba, planificaba, hacía listas de pros y contras... Nada de eso tenía sentido, sin embargo, cuando se trataba de él... No sabía qué contestar a Alanah pues ni ella misma sabía qué era lo que había entre ambos, qué relación tenían. Por suerte, tampoco tuvo que contestarle, pues justo en ese momento, el mismísimo Shadow entró por la puerta.

—Es la hora, princesa —le dijo enlazando la mirada con la de ella.

—Me parece que sobro. —Alanah se levantó como un resorte, se acercó a Emma y le dio un abrazo y un sonoro beso en la mejilla. Y antes de salir le susurró al oído—: Te quiero, Em. A lo mejor no es el momento, pero creo que deberías saber que... estoy embarazada. Así que no se te ocurra morir, porque tienes que ser la madrina de mi bebé, ¿entendido?

Emma abrió los ojos como platos y quiso abrazar a su amiga, pero

Alanah, que ya había dado más muestras de cariño de las que estaba acostumbrada, estaba saliendo de la sala para dejarlos solos.

Shadow se acercó a ella y al ver sus ojos brillantes por las lágrimas tomó su rostro entre las manos.

—Nadie te culpará si decides echarte atrás ahora mismo —dijo con la secreta esperanza de que así fuese.

Emma negó mientras apoyaba la frente en el gran pecho de Shadow, que no dudó en abrazarla.

—Esa maldita bruja me acaba de dar la mejor noticia del mundo, justo antes de que tenga que marcharme. Voy a ser tía...

Shadow rió ligeramente haciendo vibrar su pecho.

—Estáis un poco locas.

—Solo un poco —aseguró Emma limpiándose los ojos intentando no destrozar el maquillaje.

Él la besó en los labios, de improviso, y Emma dejó de pensar.

—Siento molestar, pero ya no podemos esperar más —indicó Owen interrumpiendo el momento.

—Claro —dijo Emma estirándose el vestido, y repasándose el cabello.

Justo antes de salir de la sala miró por última vez a Shadow, dejando que su corazón se acelerara hasta desbocarse en su pecho. Se marchó rezando

para que todo saliese bien, y pudiese volver a perderse en sus ojos oscuros y misteriosos muy pronto.

Emma tomó aire profundamente, por última vez, antes de entrar en la agencia de detectives en la que había pasado la mayor parte de las horas de sus días, antes del atraco. Sin embargo, al entrar, notó algo extraño en el ambiente. Se había cambiado el ambientador que ella usaba, y aunque el orden en su mesa era extremo, estaba todo cambiado de sitio. No había duda de que todo era producto de su madre, y solo de imaginarla allí, en sus dominios, sonrió.

Los agentes le habían indicado que actuase con normalidad. Tenían micros puestos por toda la agencia, además del rastreador colocado en su móvil y otro más en el broche de piedras que colgaba de su cuello. Todas aquellas medidas debían mantenerla a salvo y en contacto continuo con la unidad: Shadow, Alanah, Cameron y Nemo y Gus, que estaban escondidos en la furgoneta blanca, al otro lado de la calle. Volvió a respirar con profundidad al recordar que tanta gente estaba pendiente de ella. Nada podría salir mal.

Se acercó a su mesa y encendió el foco sobre el escritorio. Tomó una llave de la base del mismo, y fue hasta el despacho de Alanah. Se suponía que había ido hasta allí para recoger los diamantes que supuestamente había

escondido en la caja fuerte de la agencia. Encendió la luz de la pared, y fue hasta la caja fuerte, la abrió con dedos temblorosos y sacó del interior la bolsa de fieltro en la que habían guardado las piedras. Tenía que hacer tiempo hasta que los tipos de la banda fueran a por ella. Se giró sopesando en su mano la bolsa de los diamantes, que parecía que le quemaba. Entonces se dio cuenta de que Alanah se había vuelto a dejar la ventana del despacho abierta. Su amiga tenía la costumbre de salir por la escalera de incendios hacia su apartamento, en la planta superior, en lugar de usar la escalera como todo el mundo. Fue hasta allí con la intención de cerrarla, pero cuando elevó los brazos para bajar el cristal, unas manos fuertes tiraron de ella, sacándola por el hueco. El grito provocado por la sorpresa quedó ahogado por una mano enguantada que le cubrió la boca.

—Algo no va bien. He oído una interferencia —dijo Gus presionando el auricular contra su oído.

—Yo no he oído nada —dijo Nemo, revisando su sonido.

—Estoy segura —confirmó presionando botones en su teclado, sin parar—. Ha sido como un chasquido. Revisa los GPS.

Nemo obedeció.

—Sargento, tenemos un problema. El GPS del móvil sigue en la

agencia, pero el del broche está en movimiento. Ha salido por el lateral del edificio y ahora va en dirección este —le dijo a través del intercomunicador.

—Vemos un coche negro saliendo en esa dirección, lo seguimos. Te mando captura de la matrícula. Lo estamos siguiendo. A todas las unidades, el vehículo sospechoso es un...

Nemo rodeó el micro de sus auriculares, mientras el sargento daba la descripción al resto de unidades, para hablar con Gus.

—Vamos a hacer seguimientos no solo con las cámaras de tráfico, cajeros automáticos y demás cámaras de seguridad. Tengo unos amigos con una red de drones... —Bajó el tono y se pegó a su rostro, hasta que su aliento acarició los labios de su novia. Estaba a punto de depositar un beso en sus labios cuando un pitido en sus monitores, lo interrumpió.

—¡Maldita sea! Sargento... —dijo volviendo a la comunicación con Owen—, a partir de este momento no contamos con el GPS. Ha dejado de transmitir señal.

—¿Se lo habrán encontrado? —se adelantó Shadow, sentado junto a Owen, en preguntar al hacker.

—Sin duda, este dispositivo no da fallos.

—Si saben que está siendo rastreada, también saben que trabaja con nosotros. Emma corre peligro. Querrán deshacerse de ella antes de que

podamos localizar su cuartel general —gruñó Shadow entre dientes.

—Tranquilo, no te preocupes, no los perderemos de vista.

—Más te vale, amigo. Esto es culpa tuya —le dijo él, sin quitar ojo del coche, a unos diez metros de distancia, al que perseguían.

Owen apretó los labios y tomó aire hasta llenar sus pulmones por completo. Sí, había sido idea suya. Estaba seguro de que aquello era lo correcto, pero veía en su amigo lo que sentía por la señorita Paxton, y si la operación fuese mal y ella sufriese algún daño, también sabía que él no se lo perdonaría jamás. No podían fallar, de ninguna de las maneras. Estaba inmenso en estos pensamientos cuando, a punto de alcanzar un cruce, un camión de gran tonelaje se cruzó en su camino haciendo que tuviesen que frenar de repente.

—¡Mierda! ¿De dónde demonios ha salido? —gritó.

Unos segundos después, cuando el camión dejó de impedirles el camino y la vista, comprobaron con estupor que el coche en el que se habían llevado a Emma había desaparecido.

—¡Lo hemos perdido! Repito, ¡lo hemos perdido! Nemo, dime que tienes algo para mí.

—Sí, tranquilo, yo sí los tengo. Os voy mandando las coordenadas GPS y capturas de imagen.

Owen, Shadow y el resto de unidades empezaron a recibir los datos en sus móviles y centralitas de los coches. Iban siguiendo la ruta marcada por las coordenadas dadas por los hackers, al tiempo que capturas aéreas del vehículo lo perseguían.

—¿Cómo demonios estás consiguiendo estas imágenes? No, no respondas, no quiero saberlo —dijo finalmente el sargento.

—Mejor, mucho mejor.

Cuarenta y cinco minutos de persecución más tarde, el seguimiento los llevó a un edificio acristalado en el centro de Manhattan.

—No veo el vehículo —dijo Owen.

—Han entrado por el parking subterráneo del edificio. En la puerta norte.

—Está bien, a todas las unidades, comienza la acción —avisó por el auricular a los agentes.

—Despierta guapa, ya hemos llegado —le dijo un tipo a Emma mientras le daba pequeños toques en las mejillas.

Ella abrió los ojos con pesar y reconoció al tipo que, tras sacarla por la ventana, le había dado un puñetazo que la mejilla que la había dejado K.O. Sabía que no debió intentar huir. Aquello no formaba parte del plan, pero

cuando vio a los tres hombres que la esperaban en la escalera de incendios, y la forma de mirarla, recordó a los tipos de la joyería y sus promesas de jugar con ella, y simplemente reaccionó.

Ahora no sabía en qué situación se encontraba. No llevaba su móvil. Se echó la mano al cuello para comprobar con estupor que también le habían quitado el colgante con el segundo dispositivo de rastreo. ¿Estaba sola? No tuvo tiempo de pensar. El hombre que la había golpeado tiró de ella hacia el exterior del coche y la sacó. Miró a un lado y a otro y se dio cuenta de que estaba en un parking privado. Cuatro hombres iban con ella, y empujándola, la llevaron hasta un ascensor.

Los miró con disimulo. Iban elegantemente vestidos, con trajes oscuros y todos armados. El que la había golpeado tenía una horrenda cicatriz sobre el ojo izquierdo, la piel olivácea y el rostro anguloso. Y parecía ser el que dirigía a los otros tres. La subida en el ascensor hasta el piso treinta y dos se le hizo eterna y surrealista, rodeada de aquellos matones y escuchando la típica musiquita de ascensor. Estuvo a punto de dejarse llevar por los nervios e irrumpir en carcajadas.

Cuando llegaron a su destino, sin embargo, se quedó sin aliento y solo tuvo ganas de huir. Los pies no le respondieron y sufrió un nuevo empujón de su agresor. Caminó vacilando algunos metros hasta encontrarse en un gran salón y en él vio a la mujer más impactante que había tenido el disgusto de

ver. Tenía la piel aún más pálida que ella, casi etérea, el cabello negro y los ojos de un azul tan claro como el del hielo en el ártico.

—¿Tenía mis diamantes? —preguntó a sus hombres, obviándola por completo.

—Sí, señora. Los había escondido en la agencia de detectives, como descubrimos en las escuchas —dijo el que la había golpeado, entregándole la bolsita de fieltro.

La mujer la tomó, la abrió y dejó caer los diamantes en una de sus manos. Tras contemplarlos unos segundos, sonrió de una forma que le heló la sangre. Aún más cuando se acercó hasta la ventana, sacó el brazo y los lanzó al vacío.

Emma se quedó petrificada en el sitio. ¿Acaso no eran los diamantes todo lo que ella había buscado? ¿No era todo por esas malditas piedras?

—¿Sorprendida? ¿Crees que esas pequeñas piedras significan algo para un imperio como el mío? —le preguntó la mujer acercándose a ella. La tomó de la barbilla y recorrió su rostro con desprecio.

—No lo sé. Pensé que eso era lo que quería.

—¿Pensaste? No creo que pensaras nada. Hay que ser muy poco inteligente para creer que se me puede robar a mí, y quedar impune. No me importan esas piedras, no me importa nadie, salvo mantener mi poder. Y el

poder se pierde cuando dejan de temerte. Has osado robarme, querías mis diamantes a cualquier precio. ¿Eso incluía la muerte?

Emma negó con la cabeza, incapaz de articular ninguna palabra, tan solo pensando dónde se habrían metido todos. Y que no había un momento mejor que aquel para que hicieran acto de presencia. Si estaba sola, solo podía hacer una cosa. Despedirse mentalmente de cada uno de ellos.

—Toda esta situación comienza a aburrirme. Tiradla. Que se reúna con sus queridos diamantes —ordenó la mujer con un movimiento de su mano, como si espantara una mosca.

Y mientras los cuatro hombres que la habían llevado hasta allí la cogían, ella se sentó en su escritorio, con tranquilidad.

Emma comenzó a gritar y a forcejear, cada vez más cerca de la ventana por la que habían tirado los diamantes. Solo podía pensar en la caída de treinta y dos pisos que la esperaba al otro lado. Sus esfuerzos por resistirse resultaron completamente inútiles cuando recibió otro puñetazo en la mejilla que hizo que le latiese hasta la sien. Podía sentir ya el aire fresco de la calle, y su piel se erizó de forma enfermiza. Podía ver las luces de la ciudad e intentó aferrarse al marco de la ventana cuando la puerta del despacho se abrió. De repente sintió que los hombres la soltaban, dejándola caer en el suelo. Se agachó cuanto pudo, haciéndose una bola al escuchar los primeros disparos inundando el ambiente.

Levantó el rostro para ver como, uno a uno, Shadow y el sargento Owen fueron eliminando a los hombres que disparaban contra ellos. En cuestión de segundos, media docena de hombres estaban esparcidos por el suelo. Otros dos, que custodiaban a la mujer que había ordenado su asesinato, permanecían junto al escritorio. Pero al ver que iban a por ellos, levantaron las manos.

—Cobardes sabandijas —escupió entre dientes la mujer al ver la rendición de los suyos. Y antes de que ninguno pudiese esperarlo, tomó un arma de su escritorio y ejecutó desde la espalda a sus dos hombres. Después fue a apuntarla a ella, pero Shadow le disparó en el hombro, haciendo que cayese su arma.

Emma intentó levantarse entre lágrimas del suelo, pero no lo consiguió, en su lugar unos fuertes brazos la asieron, elevándola. En cuanto el calor del cuerpo de Shadow llegó hasta ella se abandonó sobre su pecho, derramando entre lágrimas el terror y la angustia contenida. Estaba con él y estaba a salvo.

CAPÍTULO 23

Shadow estaba a punto de desgastar la acera de tanto ir y venir, esperando la salida de Emma de los juzgados. Los últimos días, apenas se habían visto. Ella había estado con su familia. Sus padres y hermanos habían pasado por un infierno mientras ella había estado bajo su protección y ahora querían disfrutar de ella cada minuto, para resarcirse. Él a su vez había querido darle el espacio necesario para asumir todo por lo que había pasado. Aún recordaba su rostro aterrorizado cuando la recogió del suelo del ático. Había sido muy valiente ofreciéndose para aquella operación, pero dudaba que pudiese recuperarse con rapidez del trauma sufrido los últimos días.

También él había tenido tiempo para pensar en todo lo acontecido desde que la pelirroja había llegado a su vida. No tenía duda de que lo que se sentía por ella superaba con creces cualquier expectativa que hubiese tenido tras la muerte de su mujer. No imagino volver a sentir jamás nada parecido por nadie. Y mucho menos de una mujer como Emma, tan diferente a él. Pero ella era única. Única en su forma de hacer las cosas, de pensar, de enfrentarse a los miedos, su lealtad, su fortaleza, su dulzura, su forma de tocarle el alma, habían sido un bálsamo para él y jamás podría olvidarla, pero si había llegado a alguna conclusión durante aquellos días en los que habían aguardado el momento de la declaración de Emma ante el juez, sobre lo sucedido, era que

no la merecía.

No tenía nada que ofrecerle más allá de un corazón roto, una vida vacía y dolor. Y ella merecía tanto... Lo merecía tanto... Era una mujer maravillosa que necesitaba a su lado un hombre a su altura. Se pasó la mano por el pelo, de forma impaciente, y resopló mirando una vez más su reloj de pulsera, para comprobar que ya llevaba tres horas en el interior de los juzgados. Sabía que estaría bien, acompañada por Owen, Alanah y Cameron. Y no quería entorpecer. Él había testificado el día anterior sobre lo ocurrido durante los días de su custodia, y ahora solo le faltaba asegurarse de que ella pasaba por ese trance para poder marcharse y dejarla seguir con su vida, que sabía que adoraba. Emma le había hablado durante horas sobre la agencia, sobre el trabajo que realizaba en ella, lo que le gustaba el trato con los clientes y llevar la parte administrativa de la misma. Por otra parte, estaba su familia. La infancia de Emma no había tenido nada que ver con la suya. Ella tenía fuertes raíces, no como él. Y no solo eso, necesitaba estar en contacto continuo con los suyos. Él solo tenía a Floki. Como si hubiese leído sus pensamientos, el perro se acercó hasta apoyar la cabeza en su pierna. Shadow se agachó y le acarició el largo pelaje.

—Tú también la vas a echar de menos, ¿verdad?

Acababa de formular la pregunta, cuando la vio salir a la escalinata de los juzgados, flanqueada por sus amigos, Owen y Adele. Se detuvieron a

comentar algo y la vio sonreír mientras se atusaba ese maravilloso cabello rojo suyo. Parecía contenta, y era todo cuanto necesitaba saber, que estaba bien y feliz. Micah Eisenmann había sido detenida y acusada de tráfico, contrabando, asesinato y diversos crímenes contra la humanidad y los derechos humanos. Ya no podía hacerle daño, y todo cuanto se divisaba en el futuro de Emma era prometedor.

La miró una última vez, guardando en su retina su precioso rostro, y sintió que se le detenía el corazón dolorosamente. Con una opresión insoportable, desvió la mirada y comenzó a caminar calle abajo para subirse a su furgo, aparcada a pocos metros.

Emma, sobre la escalinata de los juzgados, recibía las felicitaciones de sus amigos y detectives de la unidad de inteligencia por su declaración ante el juez. Aquel era el último trámite para recuperar su vida, y después de ello, había esperado ver allí a Shadow. Los últimos días habían sido una auténtica locura; el hospital, las declaraciones, su familia que no la había dejado un minuto, queriendo asegurarse de que estaba bien. Agradecía todo aquel apoyo y cariño. Ella también los había añorado, pero también necesitaba estar con el hombre que le había salvado la vida, en más de un sentido. Quería ver a Shadow, abrazarlo, besarlo, y sentir que nada había cambiado entre los dos.

Oía las voces de los que la rodeaban, hablándole, pero ella no era capaz más que de sonreír, mientras lo buscaba con mirada ávida por la calle.

Empezaba a sentir que le faltaba el aire cuando lo vio al lado de su furgoneta, junto a Floki. Apartó a todos los que la rodeaban para correr escaleras abajo gritando su nombre. Se estaba marchando. ¿Se alejaba de ella? La ansiedad de que así fuese le estrujó el corazón hasta hacer que cada latido se volviese una agónica tortura. Llegó a la acera de enfrente cuando él ya había arrancado, sin percatarse de que lo llamaba.

Cuando vio que definitivamente se perdía entre los coches de la calle, sintió su corazón partirse en pedazos. La impotencia y la rabia de no haber podido hablar con él le impidieron romper a llorar y apretó los dientes, envuelta en el dolor.

—Sabes que le importas, ¿verdad? —le dijo Owen llegando a su lado.

—No, no lo parece —fue lo único que consiguió mascullar, sin dejar de mirar la calle por la que él había desaparecido.

—Mira, no soy un experto en asuntos del corazón, pero conozco a ese hombre. Fuimos compañeros inseparables durante siete años, en los que pusimos nuestras vidas el uno en las manos del otro. Y puedo asegurarte que no le he visto mirar a nadie como te mira a ti desde... —se detuvo no queriendo nombrar a Tammy—. Y cuando mira a ese chucho feo que tiene.

—Cuidado con lo que dices de Floki —le dijo ella frunciendo el ceño.

Owen sonrió abiertamente ante su defensa del animal.

—Si yo le importara, no se habría marchado, y sin despedirse...

—Hazme caso, si se va, es porque cree que no tiene nada que ofrecerte.

Las palabras del sargento taladraron su mente, dejándola turbada.

—Vamos, Em, es hora de descansar. Tus padres nos están esperando —
le dijo Alanah tomándola por los hombros.

Ella solo fue capaz de asentir, perdida en sus pensamientos.

Y despidiéndose escuetamente del sargento, se marchó junto a sus amigos.

CAPÍTULO 24

—... Y por el poder que me ha sido concedido, yo os declaro marido y mujer, nuevamente —dijo el padre Michael, con una enorme sonrisa.

Todos los hijos Paxton, llenos de júbilo, rodearon a sus padres, envueltos por la emoción. Felicitaron a sus padres por la renovación de sus votos con abrazos y besos. Alanah, que esperaba a corta distancia, fue apresada y unida a la masa de cuerpos como una hija más.

—Sois todos maravillosos —dijo Linda, la matriarca de la familia—. Tengo una hermosa familia y me siento orgullosa de cada uno de vosotros.

Linda miró los rostros felices de sus vástagos.

—Muchas gracias a todos por la felicidad que nos habéis proporcionado y, especialmente hoy, queremos dar las gracias a Emma, nuestro pilar, nuestra roca, y la organizadora de este maravilloso día que nunca olvidaremos.

Emma sintió como sus ojos se empañaban por las lágrimas, que no tardaron en recorrer sus mejillas. A las emociones a flor de piel sentidas los últimos días a causa de la marcha de Shadow, tenía que sumar la de la celebración de la boda de sus padres y la noticia del embarazo de Alanah. Muchas cosas que hacían que últimamente tuviese con demasiada frecuencia un pañuelo entre manos. Emma se dejó abrazar por sus padres, intentando

contener la emoción, pero su estado no pasó desapercibido para su madre que la invitó a salir del grupo.

Y mientras el resto comenzaba ya a celebrar, acercándose a las mesas que habían preparado con la comida, con la excusa de necesitar ir al tocador, pidió a su hija que la acompañara.

—No has venido con ese guardaespaldas tuyo. Pensé que lo harías. Alanah me confesó que os habías... unido mucho en los días en los que estuvo cuidando de ti. Quería agradecerle lo que ha hecho por nosotros manteniéndote a salvo.

—Ali tiene la boca muy grande —comenzó a quejarse ella, resoplando.

—Solo quiere lo mejor para ti, como todos.

—Imagino que sí. Pero no tenía que haberos contado nada. Siento que Shadow no haya venido. Por lo visto se tuvo que marchar con prisas.

El gesto arrugado de su frente no se le escapó a Linda que se aproximó a ella y acariciándole la mejilla la obligó a mirarla.

—¿Pudiste hablar con él, antes de que lo hiciera?

—No, ni siquiera se despidió. —Apretó los dientes y elevó la mandíbula, mientras colocaba milimétricamente todos los utensilios que había dispuesto en el tocador para uso de la novia.

—¡Vaya! ¡Qué maleducado! Sin duda es decepcionante. —Linda usó

su tono más crítico para referirse a él.

—¡No es así! Él solo... solo... tiene miedo. El sargento Owen dice que él cree que no es suficiente para mí —se apresuró ella a defenderlo.

Linda sonrió, escondiendo su rostro de la mirada de su hija.

—¿Y por qué podría tener él esa impresión? No voy a negar que he criado a una mujer destacable en todos los aspectos, pero por lo que me han contado de él, ese tal Shadow no se queda atrás.

—No, no lo hace. Pero imagino que tiene que ver con la muerte de su esposa. Él sufrió mucho, se lo he visto en esa mirada suya turbia por el dolor, cuando habla de ella y las circunstancias de su muerte. Ha decidido vivir solo, no tiene a nadie...

—Eso es lo que cree él.

Emma miró a su madre entornando los ojos.

—Porque tú estás enamorada de él, ¿verdad? —le preguntó su madre tomándola por los hombros.

Ella contuvo el aliento, la pregunta retumbó en su mente acelerando su corazón. Sabía que era una locura, pero ¿qué si no el amor sería capaz de hacerla velar noche tras noche, desde que no estaba a su lado? Ya no pensaba en la agencia, ni en sus organizaciones, ni siquiera le apetecía escribir. Solo se imaginaba a sí misma con él, paseando juntos con Floki, besándolo por la

mañana, al despertar, o su sonrisa ladina cuando probaba su café.

—Sí, mamá, estoy enamorada de él. No hago más que pensar en estar a su lado.

—¿Y desde cuándo las opiniones de otros hacen que te detengas en conseguir los que deseas?

—Mamá, en este caso son sus opiniones. ¿Quieres que lo obligue a estar conmigo?

—Por supuesto que no. Una Paxton no se rebaja jamás —dijo con gesto altivo—. Quiero luches por lo que quieres, por lo que te hace feliz.

—¿Pero, y vosotros...?

—¿Qué pasa con nosotros? —preguntó Linda sorprendida.

—Me necesitáis.

La matriarca suspiró con una sonrisa cansada.

—Claro que te necesitamos. Te necesitamos feliz, sintiéndote completa. Me temo que durante mucho tiempo, y en especial desde lo que sucedió con tu hermana, hemos dejado caer sobre tus hombros demasiadas de nuestras responsabilidades. Pero ni tu padre ni yo somos unos inválidos. Estos días en la agencia, sustituyéndote, me he sentido viva y útil como antes de la jubilación.

—Has hecho un buen trabajo. He visto tu sistema de archivo. Es

realmente espectacular.

Linda sonrió con orgullo.

—Gracias. Y por lo que vi tú también aprendiste bien. Emma —dijo acariciándole la mejilla—, eres una profesional impecable, pero aún más importante es que eres una mujer maravillosa con tanto que dar, ofrecer y recibir... No quiero que pierdas la mitad de tu vida en una oficina. Los papeles no calentarán tu cama, ¿sabes?

—¡Mamá! —la reprendió con las mejillas azoradas.

—No puedo dejarlo todo.

—No hace falta que lo hagas. Solo tómate unas vacaciones. Explora un poco, disfruta de la vida, y sobre todo alcanza tus sueños. Nosotros seguiremos aquí a tu vuelta. No nos moveremos.

Emma la abrazó sintiendo que el dolor instalado en su pecho desde hacía días menguaba ligeramente, caldeándose. Y dejó caer sus lágrimas, esta vez cargadas de esperanza.

Emma salió del baño para dirigirse corriendo hacia Alanah. Cuando llegó a su lado, apenas tenía aliento.

—Necesito tu ayuda —le dijo intentando recobrar la respiración.

—¿Dónde es el incendio? —preguntó Alanah justo antes de tragar de un bocado un canapé.

—Quiero que me lleves a un sitio —le dijo algo desesperada por el poco caso que le hacía su amiga, más interesada en analizar las bandejas de comida, buscando a su próxima víctima.

—¿A dónde? —preguntó esta con la boca llena de un rollito de hojaldre.

—Por el amor de Dios, Alanah, come con la boca cerrada, ¡que vas a ser madre! —la riñó con su habitual tono reprobatorio.

—¡Qué carácter! ¿Ya se te ha olvidado eso de que se consigue más con miel que con hiel?

Recordar aquella frase al hizo sonreír como una boba.

—Y ahora sonríes. Creo que has perdido el juicio. ¡Qué rarita estás! —se metió con ella Alanah.

—Está enamorada, mujer. ¿Quieres dejar de meterte con ella y escucharla? —le reprochó Cameron rodeando la cintura de su mujer, mientras acariciaba su vientre, aún plano y guiñaba un ojo a Emma, que agradeció su intervención.

—¿Estás enamorada? —Soltó la pregunta Alanah con los ojos como platos.

Emma se limitó a brindarle la mayor de sus sonrisas mientras asentía con vigor.

Alanah tomó una servilleta de la mesa y se limpió la boca. Después le dio un beso a su marido en la mejilla.

—Lo siento cariño, tengo que llevar a Emma a un sitio. Y no puedes venir, son cosas de chicas —le dijo antes de darle un beso en los labios que lo dejó con la boca abierta.

—Vamos pelirroja, tienes una cita con el destino —le dijo a continuación a Emma, sacándola de allí, ante la mirada absorta de todos los presentes.

—Claro, pero antes de reunirme con mi destino, ¿podemos pasar antes por mi casa? —preguntó Emma con una enigmática sonrisa.

Alanah se encogió de hombros y la siguió.

CAPÍTULO 25

Shadow recogió del suelo de la furgoneta la alfombrilla que Emma había puesto para Floki junto a la puerta, la sacudió en el exterior y la enrolló, colocándola en el hueco entre el asiento del copiloto y la puerta del mismo. También apiló los cacharros de la comida del agua y la comida del perro, que lo miró ladeando la cabeza, con gesto compungido.

—No me mires así, es lo que tenemos que hacer. Ella está mejor sin nosotros —añadió gruñendo más que el animal.

El perro ladró a su espalda y se giró a mirarlo con el ceño fruncido.

—¡Maldita sea, Floki! ¿Acaso crees que sería feliz aquí con nosotros? ¡Ni siquiera es capaz de usar el baño! Además, tiene la maldita costumbre de ordenarlo todo alfabéticamente, por colores o frecuencia de uso. La mitad de las veces no consigo encontrar nada. Sí que hace ese café... ¡Mierda! Pero si dobló hasta mis malditos calzoncillos... —dijo sentándose en la cama a respirar. El aire parecía más espeso.

La respuesta de Floki fue bufar. Con gesto lastimero se acercó a él y dejó caer su enorme cabeza sobre su rodilla.

—Lo sé amigo, lo sé. Sin ella estamos bien jodidos —terminó por admitir acariciando su pelaje.

Se pasó la mano por el rostro y se frotó los ojos con desesperación.

Unos golpes en la puerta de la furgó lo obligaron a reaccionar y no dejarse llevar por el desaliento.

—Será el encargado del camping. Tenía que traerme los recibos —le dijo al perro como si este necesitase una explicación.

Fue a abrir la puerta sintiendo una losa en el pecho, aquel era el último trámite que restaba para que pudiesen marcharse de allí. Ya lo había recogido todo, y en unos minutos estaría alejándose de aquella ciudad y de... ella.

Abrió la puerta con desgana y al ver quién había al otro lado, dejó de respirar.

—Emma... —Pronunció su nombre como si se enfrentase a una alucinación.

—Hola, Shadow —dijo ella simplemente, con una sonrisa.

Se aferró a la puerta de la furgó y subió cargada con una maleta rosa, un neceser a juego y una bolsa anudada y con un pez dentro, color naranja.

La siguió con la vista seguro de que estaba teniendo una visión. Emma dejó las cosas con cuidado, especialmente el pez, que depositó sobre el fregadero, e ignorándolo, se agachó a saludar a Floki que ya la rodeaba haciéndole todo tipo de fiestas.

—¡Hola, precioso! ¿Me has echado de menos? Yo a ti sí... Mi perro guapo, el mejor de los guardianes —le decía mientras se abrazaba a su cuello

y dejaba que el can jugase con ella, encantado de recibir sus caricias.

—¿Cómo has venido? ¿Cómo sabías dónde estaba? —preguntó pasmado, y aunque no iba a reconocerlo, celoso de las atenciones que recibía el perro mientras él era ignorado.

—Me ha traído Alanah. Le ha fastidiado un poco tener que conducir el Camaro de Cameron, pero es que no podía a traer a Murphy en la moto, ¡imagínate! Y he sabido dónde encontrarte por Nemo. Ha utilizado algunos trucos de esos suyos para localizarte, por la furgó. No ha sido difícil —dijo ella con una sonrisa que lo dejó sin aliento.

Sentía el corazón a rebosar de felicidad, pero al mismo tiempo creía estar sufriendo un ataque nervioso, ella no podía estar allí. ¿Qué hacía en su furgoneta? Él no tenía nada que ofrecerle.

—Emma... ¿Qué haces aquí? —se atrevió a preguntar tan temeroso de la respuesta que su voz sonó como un ronroneo, privada de su habitual contundencia.

—He venido a por respuestas.

—¿Y qué respuestas son las que buscas? Estaba a punto de marcharme...

—Lo sé.

Emma estaba perdiendo un poco la valentía con la que se había

presentado allí. El que él la estuviese mirando de aquella forma, como si la taladrase, ser consciente de su gran cuerpo a tan corta distancia y sentir el corazón latiéndole frenético por temor a que la echase de allí con viento fresco, la tenían a punto del colapso. Finalmente tomó aire, infundiéndose valor, mientras sentía que la sangre se agolpaba en sus mejillas, haciendo que estas ardieran irremediablemente. Al fin, comenzó a hablar atropelladamente.

—Jay, he venido porque no entiendo cómo puedes separarte de mí así, por las buenas, sin tener en cuenta lo que ha pasado entre nosotros. Yo ya no soy la misma, es más, no quiero ser la misma. No quiero ser la Emma que llegó aquí asustada y perdida. Quiero ser la mujer que soy cuando estoy contigo. Quiero sentir lo que siento cuando nos tocamos, nos besamos, cuando vemos amanecer juntos y enlazamos nuestros dedos, como si no hubiese nada más en el mundo, salvo nosotros. Y Floki y Murphy, claro — añadió señalando al perro y a su pez, con una sonrisa nerviosa.

—Emma... Yo no puedo darte nada. Soy un hombre roto. Un hombre que vaga por el mundo con su perro, sin nada que ofrecer.

—No me interesa lo que crees que puedes ofrecerme. Sé bien quién eres, Jay Hayden, y lo que quiero de ti. La pregunta es, ¿quieres tú algo de mí?

La pregunta quedó suspendida entre ambos, revoloteando en el aire, cargándolo de electricidad. Emma contuvo el aliento de forma dolorosa en los

pulmones, esperando una respuesta que parecía que él no iba a articular jamás. Hasta que lo vio recorrer la distancia que los separaba, de una gran zancada y tomar su rostro entre las manos.

Shadow se deleitó en sus facciones pequeñas, dulces pero fieras, en el fuego de su mirada decidida... y lo supo.

—Te quiero a ti, Emma. No quiero nada más en este miserable mundo salvo a ti...

Emma no dejó que siguiese hablando y saltando sobre él lo besó, enlazando las piernas a su cuerpo, aferrándose a él como el náufrago a la única tabla que flota sobre el mar. Sus alientos se enredaron en una lucha salvaje por devorarse, por demostrarse la necesidad que tenían el uno del otro.

Shadow supo que si seguía besándola ya no podría parar. La había echado tanto de menos que dolía. Y ahora estaba allí, con él.

—Tú haces que me sienta vivo, que desaparezca el dolor, que imagine un futuro que pensé que ya no sería posible para mí.

—¿Qué futuro? —le preguntó ella haciendo que sus labios se rozasen con cada palabra.

—Uno en el que construyo una nueva vida, a tu lado.

La sonrisa de Emma se ensanchó en sus labios de forma deliciosa.

—Es el mejor plan que he escuchado jamás —aseguró tan radiante como feliz.

—Tú que lo planificas todo, ¿eres consciente de que esto será una aventura? ¿De que no hay plan de ruta?

—Lo sé. Pero lo haremos juntos, y podríamos empezar por unas vacaciones. Y ya veremos a la vuelta.

La sonrisa traviesa que escapó de los labios de Shadow hizo que mil mariposas revolotearan en su estómago.

—No vuelvas a alejarte de mí —le ordenó ella cuando él la tomó por el trasero y la tumbó en la cama.

—Ya no podré hacerlo, jamás. A partir de ahora dedicaré el resto de mis días a demostrarte lo que quiero de ti.

FIN

Próximas publicaciones - diciembre, 2017

LO QUE
TOMO *de ti*
LORRAINE COCÓ



Suspense  Romántico

SOBRE LORRAINE COCÓ

Lorraine Cocó es autora de ficción romántica desde hace casi veinte años.

Cartagenera de nacimiento y corazón, ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola.

En la actualidad se dedica a su familia y la escritura a tiempo completo. Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea a la paranormal o distópica.

Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación.

En mayo de 2014 consiguió cumplir su sueño de publicar con la editorial Harlequin Harper Collins su serie *Amor en cadena*, que consta de ocho títulos.

Además de ésta, tiene la que denomina su “serie oscura” dedicada a la romántica paranormal y de la que ya se pueden disfrutar *La Portadora* y *¡Bye bye, Love!*

En septiembre de 2015 publicó con la editorial Libros del Cristal *Se ofrece musa a tiempo parcial*, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica en los Premios Infinito.

En 2015 recibió el Premio Púrpura a la mejor autora romántica autopublicada.

En 2016 publicó *Besos de mariposa*, continuación de *Se ofrece musa a tiempo parcial*, y el título de la Serie Bocaditos: *Hecho con amor*.

Lorraine sueña con seguir creando historias y viajar por todo el mundo, recogiendo personajes que llevarse en el bolsillo.

Podéis encontrarla en:

www.lorrainecoco.com

<https://www.facebook.com/groups/219104291622789/>